

REVISTA EUROPEA.

Núm. 135

24 DE SETIEMBRE DE 1876.

Año. III.

EL MARQUÉS DE TORRECUSO.

VI.

Ya en Tarragona, el marqués de los Velez procuró atraerse de nuevo á Torrecuso para que volviese al desempeño de su difícil cargo. Sus reflexiones llegaron hasta la de representarle *como acabado de perderse el exercito, faltándole la asistencia de tal jefe*. Todo en vano; y en vano tambien el ruego de Federico Colonna, sucesor del de los Velez, con igual objeto, hasta que nuestro héroe recibió la que tambien estampamos Real orden de nueve de Abril de 1641, que muestra lo mismo que el poderoso influjo de la corona, los resortes que han de tocarse para herir las fibras de un corazon noble en tales ocasiones. Dice así:

«El Rey—Maestro de Campo General, Marques de Torrecuso de mi Consejo de Guerra. En la junta de Ex.^{on} se ha visto el papel que distis al Condestable de Nápoles mi lugar Theniente y Capitan General del principado de Cataluña en que Referis las Raçones que os mobian para no continuar el servir el puesto de Maestro de Campo General, y habiendoseme Consultado sobre ello a parecido advertiros que el tiempo ni las ocasiones no es para escusarse de mi servicio en particular persona como la Vuestra y de quien tengo tan particular satisfaccion, pues no es justo que a quien le coren tan particulares obligaciones, sea parte del aunque la ocasion de sentimiento que teneis de la muerte del Duque vuestro hijo sea tan legítima, y asi os ordeno que sin embargo de lo que representais no os escuseis de exercer el cargo por lo que combiene a mi servicio, esperando que Vuestra Respuesta sera darme cuenta de como estais sirviendole.—De Madrid a nueve de Abril de 641.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor—Don Fernando Ruiz de Contreras.—V. M. manda al Marques de Torrecuso no se escusse de servir su cargo en el exercito.»

A este despacho siguen en el código ocho cartas del Conde Duque, de las que vamos á copiar una tan sólo, de la misma fecha, escrita con igual objeto, y que sirve perfectamente para demostrar la grande opinion y la particular estima de que Torrecuso gozaba en la corte.

«Señor mio, dice, V S. sabe lo que yo le quiero »y tambien lo que le desseo y he deseado siempre. »Veo que V S. está fuerte en admitir el manejo de »su puesto en ese exercito, y aunque yo me puedo »engañar mucho hasta que lo vea, no he de creer »que teniendo el Rey nuestro Señor, Dios le guarde, »necesidad de que V. S. le sirva en ese puesto, VS »le ha de faltar, pues no lo ha hecho nunca, ni es »cossa de hombre tan grande como VS, salir de »la barca el dia que se corre tempestad y tempes- »tad tan deshecha como la que estamos viendo, y »que le parezca que V S cumple con decir que to- »mara una pica, porque de esto tenemos y tendre- »mos quanto sea menester, pero de lo otro no como »V S. lo esta mirando, y en quanto a que V S se »halla quebrantado y rendido de los travaxos y per- »didas no me maravillo, sino que ántes confieso »que es milagro que no sea mucho más, pero a esto »se obligan los hombres grandes en el mundo, yo »espero firmemente que quando no interviniera el »servicio del Rey nuestro Señor, Dios le guarde, »que es lo mas, por mi solo y por no desamparar- »me se esforçara V S. a padecer quanto fuese me- »nester y a no dexar de obedecer á su Magestad »que tanto lo dessea y a lo que es mas que tanto lo »ha menester y yo mas que todos con que no me »queda duda. Dios guarde a V S. como desseo de »Madrid a 9 de Abril 1641.»

Despues añade de su puño y letra—«Señor mio, »la ocasion no es de calidad que escusse con nin- »gunos males a hombre que nacio como V. S. y que »ha procedido siempre como V S.—Juan Gaspar de »Guzman—Sr Marques de Torrecusso.»

Que obedeció al Rey, y que, á la vez, defirió á los deseos de Olivares, se conoce por otra carta del Valido, en que daba á Torrecuso la enhorabuena por haber socorrido una plaza, que debió ser la de Tarragona, por la fecha, que es la de 19 de Julio de aquel mismo año de 1641. Pero despues de la carta de 9 de Abril, en 8 de Junio aparece una comunicacion de Federico Colonna, en que se trasmite á Torrecuso la licencia que el Rey le concedía el 3 de Mayo para atender á su curacion. Es verdad que al pié de esa comunicacion se encuentra un autógrafo del Marqués en respuesta á ella, en que se manifiestan escrúpulos de abandonar á Tarragona hallándose sitiada; pero tambien por el documento que á éstos sigue, se presume que no dejó aquella plaza, que procuró su socorro, y que, considerándosele

• Véanse los números 133 y 154, páginas 321, y 335.

necesario en la frontera para la *recuperacion de los puertos de Palamos y Cadaques y para abrir la comunicacion de Colibre á Perpiñan*, se le destinó á las órdenes del Marqués de Villafranca que operaba en los Condados.

Grandes fueron las dificultades que hubieron de vencerse para llevar á cabo la expedicion. Son puede decirse que innumerables las órdenes que constan en el código, dirigidas al embarque de los 6.000 infantes y 500 caballos que debían componer el ejército de socorro al Rosellon, tan oprimido por los franceses que parecía imposible llegara Torrecuso á tiempo de salvarlo. Son importantísimas esas órdenes, y, por no fatigar á nuestros lectores, dejamos de publicar una en que se enumeran las fuerzas que entonces guarnecían las plazas de la frontera ó campeaban contra los catalanes y sus auxiliares.

Torrecuso llegó, vió y venció. Fueron largos los preparativos en Tarragona, á pesar de su actividad y de la casi increíble que para el embarque de las tropas desplegó la corte, alarmada con las noticias que la llegaban, más y más apuradoras á cada instante. Pero á los pocos dias de haber tomado puerto en la costa del antiguo Condado, las plazas se vieron libres, y el ejército frances, dividido con tanta atencion en Cataluña y en el territorio que en último término quería arrebatarnos, se encontró débil y en la necesidad de abandonar la ofensiva.

Tan decisiva fué la accion del Torrecuso, que á corto tiempo despues se le llamaba al centro de la Península, manifestándosele la cada dia mayor necesidad que el Rey experimentaba de su persona *para que no dilatase una ora más su partida*.

Esto se hacía en 24 de Mayo de 1642; pero dos meses ántes de expedírsele orden tan apremiante, había él recibido otra á no poder ser más lisonjera y honrosa. Por lo-curiosa en la revelacion del espíritu de aquellos tiempos, como para que se sepa la alta merced á que se consideraba acreedor al Torrecuso por sus servicios en el Rosellon, vamos á estamparla inmediatamente. Dice así:

«El Rey—Marques de Torrecuso, de mi Consejo de Estado, Capitan General de la gente que está al socorro de Rosellon, vuestra carta de dos de Hebrero se ha recibido en que me dais quenta de lo que aveis obrado con las Armas que llevastes á vuestro cargo a esós Condados, y decís lo que aviades hecho en las seis veces que peleastes con el Enemigo hasta aquel dia, que avia sido obra de Dios a quien se devian dar las gracias y que en nombre mio offrezistes cinco mil misas a las ánimas de Purgatorio, y lo demas que referis de vuestras disposiciones y resignacion á mi servicio, y haviendoseme consultado sobre todo, ha parecido advertiros que en primer lugar e mandado se den

»generalmenté muchas gracias a Dios por los buenos sucesos que aveis tenido y particularmente en mi Capilla; pues són como de su poderosa mano, y a quien devemos atribuirlos, y que las cinco mil missas que offrezistes en mi nombre, sean veinte mil, pues este medio parece sera siempre el que mas favorezca mis justos intentos, y aunque es así que todo se deve atribuir a nuestro Señor, los medios humanos tienen su parte de mérito, pues los elige para tales sucesos, y por lo que haveis obrado y por el modo con que me servís os doy muchas gracias como lo mereçe quien tan singularmente procede en caso que ha tanto á mi servicio, y para que esperamenteis la estimacion que hago del que en este socorro haveis hecho y Espero continuareis, os hago merced de Cubriros para que seais grande de Castilla, por vuestra perssona con que se manifiesta la gratitud con que tengo memoria de vuestros meritos y buenas partes. De Madrid á onze de Marzo demill y seiscientos y quarenta y dos años—Yo el Rey.»

Los avisos y órdenes para que Torrecuso se presentara en la corte no cesaban, y á cada momento parecían más urgentes. En la del 28 de Mayo, escrita en Cuenca, dice el último párrafo de una carta del Conde Duque: «Vuelvo á suplicar á V. E. se sirva de no dilatarla (la ejecucion del viaje) un punto, suponiendo que por horas le estaré aguardando por la falta que V. E. haze y lo que necesitamos de su persona que guarde Dios muchos años como deseo.»

¿Qué podía hacer tan urgente la presencia de Torrecuso en la corte? Se hallaba ésta en camino hacia dias, pues hay órdenes fechadas el 24 en Tarragona; pero tan despacio se hacia la marcha, que muy pronto se verán del 8 y 26 de Junio en Cuenca, del 30 en Molina de Aragon y de Agosto en Zaragoza.

Y era que dos gravísimas atenciones absorbían principalmente la del gobierno de Felipe IV: la de la sublevacion, aún subsistente, de Cataluña, y la no ménos importante del movimiento, comenzado á favor de aquella, en Portugal. Lo que en su principio daba ocasion al inepto Olivares para dirigir plácemes al soberano por imaginarias y miserables y ruines ganancias, iba tomando proporciones que concluirían por causar la emancipacion de aquel antiguo reino, conquista la más importante del anterior siglo.

Sin embargo, al grito de independencia dado por los portugueses el 1.º de Diciembre de 1640 y á la noticia de los progresos que instantáneamente había hecho la sublevacion, no había contestado el Gobierno español más que con protocolos y conspiraciones. Contestados aquellos y sofocadas éstas por la fuerza de una situacion que con el trascurso

de cada día se consolidaba más y más y adquiría nuevos prosélitos y alianzas poderosas, no se había aún recurrido al argumento de las armas. Se hallaba muy preocupado Felipe IV con la cuestión de Cataluña para distraer sus fuerzas de ella; y, aunque lentamente, según acabamos de decir, para atender á los manejos en que su Valido le hacía confiar para el restablecimiento de su autoridad en Portugal, iba aproximándose al Principado, con la esperanza siempre de que, una vez dominado, podría revolverse rápida y ejecutivamente contra los rebeldes del otro lado del Guadiana.

Pero cuando con mayor insistencia se llamaba á Torrecuso para dirigir, sin duda, las nuevas operaciones que se proyectaban en Cataluña, sábese que los franceses han emprendido con grandes fuerzas y mayor furia que ántes el sitio de Perpiñan.

La noticia hace variar todos los proyectos anteriores. Es necesario *aplantar*, está es la frase de las correspondencias, al ejército de M. de la Mothe, que, impelido por su gobierno á una acción decisiva, acude al Rosellon con el propósito de arrebatarlo para siempre al dominio español.

Torrecuso, que se hallaba en Tarragona, recibe la orden de trasladarse á Vinaroz, donde ha de reunirse y embarcarse el ejército, cuyo mando se le confía con el título de Capitan General que consta en el código.

Desde la fecha de su nombramiento, que es del 8 de Junio de 1642, hasta primeros de Agosto en que tuvo lugar la capitulación de Perpiñan, Torrecuso no logró, á pesar de su acostumbrada diligencia, terminar sus preparativos de embarque. Ni aún despues, apremiado por órdenes del Rey y por cartas de Olivares, en que se ve retratada la ansiedad de la Corte porque se neutralizase aquella grave pérdida con alguna acción brillante, se pudo llevar á cabo la expedición, teniendo, así sus tropas como las de Mortara, que emplearse en la defensa de nuestro propio territorio. Perdióse así el Rosellon para siempre, y se prepararon las también irreparables rotas del Montijo y Rocroy, que vinieron á revelar la emancipación futura del Portugal y el anonadamiento de nuestros ántes irresistibles tercios.

Torrecuso hubo de volar á la reconquista de Lérida, ganada por los franceses; y en el camino fué alcanzado por el decreto de 20 de Setiembre, en que se le mandaba ponerse á las órdenes del marqués de Leganés, Maestro de Campo general de España y Capitan General nombrado del ejército de Cataluña.

Debió el Marqués sentir profundamente esta providencia, porque así lo pone de manifiesto con toda claridad la respuesta que por ella dió al Rey el 29, desde el campo ya de Lérida. Vamos á copiarla; pero

precedida, además, de la Real orden sin fecha á que á la vez contesta y donde se ven estampados los cargos de que procura sincerarse. Las dos son de una gran importancia histórica, y se complementan en el estudio de los sucesos á que se refieren.

Dice la Real orden:

«El Rey—Marques de Torrecuso, de mi Consejo de Estado y Capitan General del Exercito que passava al socorro del Rosellon; Hase visto vuestra carta de 17 de Septiembre en que decís como havíades resuelto yr la buelta de Lerida, que haviendo considerado la ymportancia de Tarragona avíades acordado con comunicacion de los cavos que quedasen en ella de guarnizion tres mil ynfantes y treçientos cavallos, que por la falta que os avia desta gente escrivistes al Príncipe Juan Carlos metiese en Tarragona de la Armada dos mil ynfantes y municiones que el savado siguiente marcharíades á Valls, que luégo yriades a ocupar con todo el grueso el Col de Cabra y siguiríades la marcha a Monblanc y Poblett y de allí a Arbeque. Y havíendose considerado lo referido y todo lo demas que escrivis, ha parecido advertiros que en las órdenes que teníades ántes de saver el suceso de Perpiñan allareis campo largo para que no huvieran estado paradas y ociosas las acciones de ese exercito hasta que fuese la resolución que pedistes. En quanto a la falta de gente con que decís os allais es preciso volveros á repetir que el exercito de Vuestro cargo con las reclutas de Tortosa passava de 7.000 infantes efectivos 2.500 cavallos y 500 dragones sin lo que havia llegado, etc.: que el Marques de Mortara tendria 7.000 infantes con lo que se le añadió a la postre 2.500 cavallos y 500 dragones, etc.

y por si acaso se huvieren desecho estas tropas, que no se cree, se os acuerda que si hubiese suzedido havra sido en ocho dias sin haver marchado ni hecho acción siendo así que el exercito a pasado desde 3 de Septiembre asta 18, y en este tiempo ni se a buscado al enemigo ni hecho acción ni mas que consumir los vastimentos. Y respecto que no se sabe las fuerças del enemigo hace novedad no aviseis del numero de gente que tiene en su exercito, y así mismo que se rezele sitio en Tarragona no teniendo el enemigo una barca en la mar y nosotros la Armada tan poderosa que se save, y la confianza con que estoy de lo que haveis de obrar es de manera que havia llegado a pensar que la tardanza consistia en no querer avisar de nada asta estar dentro de Barzelona.»

«Por lo que escrivis Veo que se a tomado resolución de venir á Arbeque y si vien deve de ser lo mejor pero el comun sentir y el de los Provinciales, era ocupar a Zervera por no tener fortifica-

»cion y ser de los puestos mas a proposito, y aunque
 »esto no sea fijo porque se quiere respuesta toda-
 »vía os lo he querido avisar, Y tambien que al Mar-
 »ques de Leganes se le a advertido de lo que escri-
 »vis para que disponga lo que combiniere y asi exe-
 »cutareis en todo y por todo lo que ordenare. En
 »quanto a la gente que ha venido de Perpiñan, te-
 »nia resuelto que viniese á Vinaroz, para que se
 »aquartelase y reparase para cuio efecto se embian-
 »las ordenes necesarias aora, de que ha perecido
 »advertiros para que lo tengais entendido y para
 »que los soldados lo pasen mejor he mandado se
 »provean 8.000 ducados (?) para que se dé á esta
 »gente una paga entera.»

«En lo que escrivis de los hombres que haveis
 »pedido al Príncipe Juan Carlos, no se save como
 »os haveis querido valer desta gente respecto que
 »en Tortosa ha de yr entrando la que fuese llegando
 »de Castilla y que el Príncipe Juan Carlos ha de
 »executar las ordenes que tiene mias... de
 »a de de 1642.—Al Marques de Torrecuso
 »Respuesta.»

(Esta orden fué enviada en copia por el secreta-
 rio del Marqués de Leganés, Antonio de Frias y Es-
 trada).

La contestacion de Torrecuso dice así:

«Por copia me hallo con una carta de V. Mage-
 »stad que iba en el pliego que me remitió el Marques
 »de Leganes con un propio que me allo marchando
 »la vuelta de Lerida Domingo 28 del corriente.»

«Señor—á lo que se me dice, digo que las ins-
 »trucciones que me dió V. M. y los consejos de
 »tanta calidad y cantidad me obligaron á hacer alto
 »los dias que V. M. acusa en su Real carta.—La
 »gente que alle en Tarragona, Sr., y la que fué so-
 »breviniendo yo no he podido tomarla á mi sueldo,
 »pues ni ay para que ni tengo con que, quitando los
 »muertos—enfermos y muy pocos que han huido.
 »Con los que quedaron yo salí así de infantes como
 »de cavallos y Dragones.—Los que llevo el Marques
 »de Mortara con los que se a buuelto y que hoy tiene
 »podraselo decir á V. M.—No niego, Sr., que desde
 »3 de setiembre hasta 18 se haya ni buscado el ene-
 »migo ni hecho otra accion que de comerse los vas-
 »timentos.—El enemigo no nos ha venido á buscar
 »yo he procurado, deseado y replicado en las juntas
 »de irle á buscar—esta propuesta no ha servido
 »sino de hacerme tragar tragos, y sufrir lo que no
 »merecía mi voluntad y desseo mientras no venian
 »en ello. Yo solo no podia hacer nada sino pudrir-
 »me, (no sucedió así cuando fui á socorrer á Per-
 »piñan.)»

«No he dexado Sr. de dar quenta á V. Magestad
 »en alguna carta de la fuerças del enemigo, en
 »otras muchas si, que no lo he hecho pues esta ma-
 »teria de espías, correspondencias y avisos siempre

»ha corrido por el Marques de la ynojosa, cuyas
 »materias me dice haverse siempre dilatado en sus
 »cartas y por cuya mano ha corrido el poco de
 »gasto secreto en estas materias»

«Importa tanto, Sr., que este por V. Magestad
 »Tarragona, que nunca ha sido vastante el recelo
 »que he tenido de aquella ciudad, ni queda asegu-
 »rada con estar su Real poderosa Armada en Rosas
 »ó navegando que las fortificaciones de la plaça
 »son tales y las municiones y guarnicion tan tenue
 »que si en el estado que se halla tuviese enemigo
 »de resolucion los Vurgos, marina y algo mas en
 »dos oras seria suyo»

«Sr. si no he dado aviso á V. M. desde dentro
 »Barcelona tampoco lo ha tenido V. M. que yo
 »haya perdido un tilde de su Real exercito.»

«En Tarragona pleiteando yo que fuesemos á
 »Santa Coloma á buscar el enemigo concluyo la
 »junta que el verdadero romper el enemigo era ir
 »á Cervera, y con esto cubria Lerida—Cuando jun-
 »tava para ir á Cervera, todo lo bueno qua havia
 »de suceder havia de depender se tomase Arbeca y
 »de allí dexarse caer en Cervera.»

«Sabe Dios con que voluntad hacia lo que aconse-
 »javan. Ponemonos en Poblett y por llegar tem-
 »prano a tomar los puestos todos saben la confussion
 »que hubo y que suerte pudo hacer el enemigo
 »aquella noche—Y llegado que hubo la Artillería
 »entendiendo yo que haviamos de poner las bate-
 »rias para apoderarnos de Arbeca o ir a buscar al
 »enemigo en Belpuch adonde tenia hecho frente de
 »Vanderas—Volviome el Marques de Ynojosa con
 »respuesta de la Junta y fue que no devia empe-
 »ñarse este exercito ni en expugnar ni en hacer otra
 »cossa por la falta de Vastimentos y otros generos
 »Y que lo que se devia de hacer seria acercarnos a
 »una legua de Lerida, dar quenta de todo á V. M. y
 »escribir al Marques de Leganes para que pusiese
 »los puentes y proveyese de Vastimentos, fué me-
 »nester que así se executase.»

«Como tengo dicho á V. M. el domingo 28 y mar-
 »chando el exercito me entrego el pliego del Mar-
 »ques de Leganes el Capitan que lo traya, viniendo
 »en el coche cuya copia de copia de su Real carta
 »y de la del marques que va con esta vera M. Ma-
 »gestad lo que decia»

«Pareciome proseguir mi viaje como lo hice a las
 »3 de la tarde llegue—El enemigo de Lerida devia
 »de estar tan olvidado de nosotros que nuestra Ca-
 »valleria en menos de un hora hizo mas de 80 pri-
 »sioneros franceses y entre ellos un Capitan y un
 »Theniente de Cavallos y algunos Paisanos que se
 »huian en Barcelona y con ellos unos teatinos—Tu-
 »vimos noticia de la confusion que havia dentro y
 »que en la Plaça tenian 2,000 infantes los 800 de
 »ellos franceses.»

«Yo Sr hablo con mi Rey con esta carta—Su-
 »puesto esto se ha de presuponer que es Evangelio
 »quanto he dicho y dire—Digo que aunque malo me
 »puse a cavallo y fui reconociendo y tube por maxi-
 »ma indubitable que dentro de dos oras se huviera
 »aloxado el exercito dentro en la ciudad = Tenialo
 »tanto por seguro que comuniqué dos cosas con el
 »Marques de la Ynojosa. La una que se inbiase
 »trompeta a que se rindiesen ofreciendoles (hacien-
 »dolo) perdon y quanto pudiesen pedir y castigo
 »irremisible a no hacerlo—Y lo otro que con 200
 »mosqueteros Procurasemos ganar una puente te-
 »niendo de calor otros 400 con advertenzia al cavo
 »que si se le presentase la ocasion de hacer mas
 »que de ganar la puente se valiese de ella—Ynbio
 »con toda diligencia el trompeta el Marques aunque
 »no lo hicieron ablar con los Paisanos y como un
 »Rayo el mismo fue por los 200 Mosqueteros. Pare-
 »ciome esta faccion hacerla con consejo y acuer-
 »do de todos, y me fui a donde ellos estaban—
 »Quando popuse la faccion halle al Marques de la
 »Ynojosa tan mudado de lo que antes nos haviamos
 »comunicado que fue el que mas cuido se llevo en
 »el botar—No dexé de hacer dos mil replicas lo que
 »se discurrió fue en publico que lo entendió todo
 »lo mexor del exercito que para escribirlo todo
 »fuera menester que esta carta fuera muy larga—
 »Lo cierto es que los Casamura de Lerida se pinta-
 »ron otro castillo de Amberes y si V. Magestad no
 »me cree inbie V. Magestad un soldado aca a ente-
 »rarse Punto por punto de quanto le escribo y a pe-
 »dir de quantos soldados ay en el exercito si tenían
 »por probabilisimo entrar en la misma Ciudad. La
 »misma noche el exercito por la disposicion de la
 »ciudad y offensas que podian tener de ella, mien-
 »tras disparava cada hora una pieza que parecia
 »una pistola y ordene V. M. a quien havra de venir
 »se entere si el Rio se podra esguaçar Pues mi in-
 »tento era de pasar de la otra parte 1,500 cava-
 »llos y 500 dragones—No solo algunos cavallos por
 »su gusto han esguaçado, mas lo estan esguaçando
 »aseño tal que me han dicho que de dentro les tira-
 »van piedras descalabrando a unos y prendiendo a
 »otros, esto Sr en la otra parte del Rio»=

«Quando no hallase V. M. lo que le escribo no se
 »me quite la caveza que fue a acabar de una vez
 »mas acerme mal vivir en un calabozo.»=

«Sr no faltaron quien me dixo que esta gloria la
 »guerra para el marques de Leganes y las obras
 »pareçe que lo certifican—Remate mi discurso con
 »decirles que en media hora no pensandose se ganó
 »fuenterrabia teniendo al oposito 18,000 franceses
 »muy bien fortificados y que en dos oras se gana-
 »ron los quartales de Salses con sus fortificaciones
 »guarnecidas de 8,000 franceses—que lo que yo
 »les decia era se hiciese una intencion que si salia

»bien fuera nuestra la ciudad y a no salir bien nos
 »huviera costado veinte ó treinta soldados que á eso
 »los inbia V. Magestad.»

«Esta poca estimacion que se tuvo y se ha tenido
 »siempre de mi parecer y haver de estar obede-
 »ciendo persona que no ocupa mayor puesto de lo
 »que yo me hizo resolver a apearme del cavallo y
 »entregar el exercito al marques de la ynojosa para
 »que el lo mandasse y me despedi de ellos y dere-
 »chamente fuime a tomar una pica en el Reximiento
 »del Conde Duque. Con el pase al puesto que lo
 »toco, asi continuare toda esta campaña la qual
 »acabada espero de V. M. por remuneracion de mis
 »largos servicios hecha con tanto trabaxo, volun-
 »tad y amor pues si bien con ellos no ha ganado su
 »Real servicio nada tampoco ha perdido V. M. ni
 »un hombre ni un dedo de tierra ni un dedo de fa-
 »brica, me haya de dar licencia para ir á descansar
 »estos trabaxados huesos en un yermo. Guarde
 »Dios la Catolica y Real persona de V. M. del campo
 »sobre Lerida a 29 de Setiembre de 642—El Mar-
 »ques de Torrecuso.»

La respuesta del Rey fué lo enérgica que debía
 esperarse á una representacion como la que acaba-
 mos de copiar, tan viva y hasta altanera.

Héla aquí:

«El Rey—Marques de Torrecuso de mi consejo
 »de estado Gentil hombre de la llave de mi camara.
 »hase entendido que sin embargo que recibistes la
 »horden que os mande embiar para que vinieseis á
 »esta ciudad pues haviades hecho dejacion del car-
 »go de Capitan General del exercito que pasava a
 »Rosellon, os haviades dispuesto á servir con una
 »pica por no faltar de la ocassion, y si vien vuestra
 »persona en todas partes sera de provecho asi por
 »las experiencias adquiridas en los muchos años
 »que ha que me servis como por vuestro gran Va-
 »lor. Todavia porque vuestro empleo en otra forma
 »sera de mas combenienzia os ordeno y mando que
 »luego que reçivais esta vengais á Zaragoza a se-
 »guir mi persona para asistir en lo que fuere de mi
 »servicio executandolo luego sin poner excussa al-
 »guna porque mi voluntad es que precisamente
 »cumplais la orden que os esta dada en esta sazón,
 »y en caso de no hazerlo asi sera forçosso vengais
 »con seguridad de Zaragoza á 5 de Octubre de
 »1642—Yo el Rey—Por mandado del Rey nues-
 »tro Señor: Don Fernando Ruiz de Contreras—Al
 »Marques de Torrecuso sobre que venga á esta
 »ciudad.»

VII.

Aquí termina el códice que contiene la historia
 militar del marqués de Torrecuso en los treinta
 años que mediaron entre su primer jornada de las
 Querquenes y la de Lérida, penúltima de su vida.

En los trescientos documentos que encierra tan interesante libro no hay uno, puede decirse, que no revele el concepto elevadísimo que merecía el insigne napolitano á cuantos le mandaban ú obedecían, lo mismo que al soberano y sus ministros, á los generales y á los subalternos de los ejércitos de España.

Sin pretender elevarle al rango de los grandes capitanes, bien pueden reconocerse en Torrecuso condiciones verdaderamente envidiables de soldado eminente y de jefe tan hábil como enérgico. Su constancia en el cargo de Maestre de Campo General da á conocer que era buscado para el consejo lo mismo que para la ejecución de las empresas más arriesgadas. Y cuál era la consideración de que se le rodeaba por los generales, mejor que el socorro de Fuenterrabía en que se siguió su parecer y se le confió la misión más importante, lo demuestra el sitio de Salses, donde, arrestado y todo, se le sacaba á dirigir la defensa de los reales amenazados por los franceses, y á solemnizar después la toma de la plaza con su presencia.

Para todo se consideraba necesaria su acción allí donde él aparecía; y en ninguna parte podía mantenerse inactivo, cargando con una pica cuando, por transeunte ó sin destino, hallaba en un ejército la ocasión de hacer manifiesto su valor, ya que no pudiera influir con su talento en los resultados de la campaña.

Por eso puede decirse de Torrecuso aquello de que vale tanto la biografía de ciertos hombres como la historia de su tiempo.

Si otro tomara en sus manos el manuscrito cuyas páginas hemos hojeado tan sólo, es seguro que llegaría á retratar la época entera que abrazan sus variados é importantísimos documentos. El rey Felipe IV, el carácter de su gobierno, el de aquel fastuoso y petulante favorito, los generales de tanto y tanto ejército como en Francia y en Holanda, en Italia, Africa y América, tenían la misión de ir, como pudieran, apuntalando la ingente fábrica española que en todas partes amenazaba desplomarse, todos se presentan en ese libro con sus excelencias y defectos, con sus grandezas y miserias. Torrecuso, presente en cuantas partes se tiende la balanza de los destinos de nuestra patria en su tiempo, aparece como la piedra de toque donde se pone de relieve y aquilata el mérito de los á quien sirve ó que con él comparten el honor de la victoria ó el bochorno del vencimiento.

Generalmente le acompañó la fortuna en sus empresas hasta que la muerte de su hijo pareció, con el dolor de tamaña desgracia y las lágrimas que le hiciera verter, ofuscarle los ojos del entendimiento y arrebatarse aquella actividad y la energía que eran sus primeras cualidades.

Desde la catástrofe de Barcelona, si se exceptúa la rapidísima campaña del Rosellon en los primeros meses de 1642, no tuvo más que sinsabores. No perdió, como él decía, *ni una tilde* de los dominios del Rey; pero, aún sin culpa suya y por las dificultades militares del tiempo, vió cómo se perdía para siempre aquel florón de la corona española que tanta sangre y tan rico tesoro había costado; vió inutilizados sus esfuerzos, quizás por sus mismos conmlitones, para volver á la antigua obediencia el Principado catalan, y, más tarde, impotentes su valor y pericia contra la rebelión portuguesa, á la que otros habían dejado tomar fundamento y cuerpo asaz robustos.

«En el año de 1644 anduvo capitán general en Extremadura,» dice un apunte suelto que se ve estampado en la última página del Códice.

En los primeros meses de aquel año fué, con efecto, encomendado el mando de Extremadura. Grande era la necesidad de su permanencia junto al Rey, que se hallaba en Aragon dando con su presencia calor á las operaciones de la guerra contra la insurrección catalana. Formaba parte de la Junta particular de Guerra con los condes de Oñate, de Chinchon y Monterey; pero la envidia de Garay y de otros favorecidos de la fortuna en la corte le tenían separado del servicio activo. Aragon le pedía para virey suyo, después de hacerle un recibimiento de los más lisonjeros; había llegado al cuartel real la noticia de que en una alarma producida en el ejército de la insurrección, M. de la Motte había dicho que mientras no mandase las tropas reales el marqués de Torrecuso, no había por qué asustarse; pero mientras influyesen Garay y Mortara en las decisiones del Soberano, no cabía esperanza de que nuestro héroe ni el mismo Piccolomini con todos sus servicios, su mérito y su fama obtuviesen un mando verdaderamente importante. Sólo cuando Garay cayó del favor real á impulso de su mismo orgullo, y con la sorpresa y los temores que produjeron la rendición de Valverde, la poco posterior de Villanueva del Fresno y el sitio puesto á Badajoz, fué cuando se envió á Torrecuso á la frontera de Portugal, tan flojamente defendida por el conde de Santistéban.

Desde el momento de su llegada á Extremadura, tomó la guerra carácter y rumbo diferentes. Del puramente defensivo que presentaba hacía tiempo por la superioridad de las fuerzas portuguesas y la falta de habilidad en los cabos españoles, pasó la lucha, cuatro años hacía ya entablada, á ofrecer un aspecto de animación y de iniciativa que bien á las claras demostraba la asistencia eficaz y enérgica de hombre de tanto talento y pericia como el Torrecuso.

No se necesitaba hacer poco para poner remedio

á un estado de cosas que daba lugar á las décimas que por entónces corrieron la España entera, como prueba del infelicísimo en que se hallaban las provincias extremeñas. Así comenzaban:

«La guerra de Portugal
 »De tal suerte se gobierna,
 »Que para que sea eterna
 »Se dispone en todo mal.
 »O es falta de general,
 »O es culpa de los soldados,
 »Que unos y otros enroscados
 »En su insaciable codicia,
 »Afrentan á la milicia
 »Con robos y con pecados.
 »La viña de Extremadura
 »Monterey la vendimió,
 »Y Garay la rebuscó
 »La escarda verde y madura.
 »Santistéban se apresura
 »Por dejarla descepada,
 »Y viéndola ya acabada,
 »Sin que pueda defendella,
 »Se entra el Portugués por ella
 »Como viña vendimiada.»



Pero la sola noticia del arribo de Torrecuso á Badajoz produjo la retirada al interior de los ganados y enseres, de lo que el Padre Gonzalez, de la Compañía de Jesús, llamaba *las haciendas* de los portugueses fronterizos. Todavía alcanzó el afortunado general á sorprender en los últimos dias de Marzo un grueso destacamento portugués que operaba por Campo-Maior, y arrebatarle muchos miles de cabezas de ganado mayor y menor que conducía tierra adentro.

Pocos dias despues eran 80 jinetes de los de Elvas víctimas de otra estratagema; y en los últimos de Abril quedaba Mourão en poder de una gruesa partida de caballería que, muy reforzada por Torrecuso, salió de Llerena para sorprender aquella importante fortaleza.

Pero si él aprovechaba cuantas ocasiones podía ofrecerle su ingenio para escalear á los portugueses, no se descuidaban tampoco ellos en vengar las algaradas que, falto de fuerzas y sin esperanza de que se le envasen, eran para Torrecuso las únicas operaciones posibles en aquella frontera. Su contrario el duque de Alburquerque, reuniendo un número de tropas considerable, invadió de nuevo el territorio español por la márgen derecha del Guadiana. Torrecuso trató de llamarle la atención hácia su propio territorio, poniendo sitio á Ouguella; pero, fuese por considerar como mezquina la empresa, ó que no lograra atraer á su enemigo, se dirigió á él pocos dias despues resuelto á combatirle.

Entónces tuvo lugar la batalla del Montijo, que si pareció indecisa por el pronto, sirvió á afirmar el movimiento de separacion del Portugal.

Entónces también, cual ahora, los generales pa-

saban como meteoros por el mando de los ejércitos. El menor reves, ¿qué decimos? una accion de éxito dudoso, áun sin importancia alguna, valía su destitucion al que la había dirigido, para á los quince dias ser destinado á otro ejército, y á los otros quince volver á aquel en que no había dado gusto á la Corte y á sus émulo ó enemigos. El Almirante, el marqués de los Velez, el de Leganés y cien otros podrian servirnos de ejemplo en el trasiego constante que se verificaba de generales de un ejército á otro en los cinco ó seis sobre cuyas filas se veían ondear las enseñas españolas; y sólo D. Francisco de Melo, el vencido en la fatal jornada de Rocroy, formó excepcion de aquella que, aunque funesta, parecía regla general en España ó, por mejor decir, en sus gobiernos.

Así es que despues de la accion del Montijo, cuantas correspondencias hemos visto, y entre ellas las contenidas en el *Memorial* publicado por la Academia de la Historia, no hablan ya, al referirse al marqués de Torrecuso, más que de su relevo del mando de Extremadura.

Al poco tiempo y sustituido, aunque por muy corto también, por Leganés, le vemos dirigirse á Italia, maltratado ya por los años y los achaques, y consumido de una tristeza que le hace desear el retiro á sus hogares y hasta la entrada en un claustro. Llámale, sin embargo, el Santo Padre á Roma para conferirle el capelo, con el objeto de que, revestido de tan alta dignidad, pueda mandar el ejército pontificio; pero, ante dificultades diplomáticas presentadas por nuestro embajador, se vuelve á Nápoles para desde allí, y solicitado en 1646 por el marqués del Viso, acompañarle al socorro de Orbitello, última jornada suya, tan gloriosa como las varias registradas con igual fecha, la del 16 de Julio, en los fastos de la historia patria.

Todas estas noticias revelan, así como la importancia que llegó á alcanzar en España la persona del marqués de Torrecuso, la del libro que conmemora los servicios de quien tantos títulos reunía para legar á la posteridad un nombre tan honroso.

Debiera serlo también perdurable; y lo que de seguro extrañarán cuantos repasen las páginas de donde acabamos de entresacar los apuntes que hemos comunicado á nuestros lectores, es que haya sido la prensa tan parca en publicar las hazañas de Torrecuso no sudando en su elogio sino algun folleto, y ese conciso y ya olvidado.

No sucederá lo mismo cuando una pluma hábil y autorizada se emplee en trazar los innumerables rasgos que de valor y pericia militar se hallan en cada página del Códice objetivo de este por demás humilde y pobre escrito.

Aquellos de nuestros historiadores que se dedican á narrar el reinado de la casa de Austria, tan sim-

pática á los hombres de letras por haber florecido en él las españolas cual en ninguna otra época, encontrarán arsenal vastísimo de datos con que ilustrar las operaciones militares de aquella, tan gloriosa en sus principios, tan accidentada, si así se puede decir, al hundirse en las sombras del sepulcro uno de los caracteres más sobresalientes de la dinastía, tan triste y vergonzosa al terminar ésta para siempre en la gobernación de nuestra patria.

Por eso creemos hacer un servicio, y no pequeño, á la literatura patria, dando á conocer la existencia de este Códice, y poniendo de manifiesto algunos de los documentos que encierra, tan curiosos como importantes.

JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE.

MR. MASSON REDIMUERTO.

AL SR. D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.

Mi distinguido paisano y amigo: Picó Mr. Masson en el cebo; ya le tenemos en campaña. Si yo no conociera un poquito (aunque de oídas) el corazón humano y otro poquito el carácter de mi adversario, extrañaría una contestación tan descomedida, contradictoria y poco meditada en asunto que requiere moderación y estudio.

Empieza por decir el Sr. de la Revilla en el último número de la *Revista Contemporánea*, que mi carta rotulada *Mr. Masson redivivo* está escrita con ira, furia y no sé qué más cosas, y que tiene un carácter personalísimo (1). No sé qué ultrajes, furias ó personalidades ha visto allí el Sr. de la Revilla. Le he llamado crítico ingenioso y agudo, he hablado de su claro entendimiento, y me parece que todo esto (dicho con la mayor sinceridad del mundo) ha de sonar á elogio. ¿Qué más quiere el Sr. de la Revilla? ¿Que le llamemos más filósofo que Descartes, más poeta que Byron, mejor crítico que Villemain, ó Sainte-Beuve ó Jeffrey? ¿Que tengamos por obras inmortales, asombro de los nacidos, las *Dudas y tristezas*, el *Cursó de literatura* ó las revistas críticas que en diversos periódicos ha dado á la estampa? ¿Que reconozcamos su competencia hasta en cuestiones que no ha saludado, como la de la Filosofía Española? ¿Qué es, pues, lo que quiere el Sr. de la Revilla? ¿Han de ser los artículos polémicos un con-

(1) Dice el Sr. de la Revilla que no se explica lo que él juzga *acritud* mia, porque no se acuerda de haberme ofendido nunca. Así es, en efecto; pero yo, que jamás vengaré ofensas propias, gasto poca tolerancia con los desafueros al sentido común y á la patria.

tinuo sahumero del autor refutado? ¿Cuánto, según esto, deberán de escandalizarle las contiendas literarias de los humanistas del Renacimiento, que se decían en seco los más atroces improperios! Convento en que la cultura moderna exige más cortesía y miramientos; pero, ¿he faltado á ellos por ventura? ¿He proferido alguna expresión que desdore su crédito moral? Si lo que digo de los oradores de Ateneo y de las discusiones *de omni re scibili* es aplicable en algún modo al Sr. de la Revilla, el público y la propia conciencia han de decírselo. Si dicen que sí, y él se enoja, ¿qué culpa tengo yo, ni por qué he de ser víctima de sus arrebatos y furros?

A todos y á ninguno.

Mis advertencias tocan;

Quien haga aplicaciones

Con su pan se lo coma.

Lo que hay en mi pobre artículo son verdades como el puño, que mi contrincante ha tomado por donde queman, hasta el punto de salir desahogado y lanza en ristre contra un oscuro bibliófilo, procedente de una ciudad de provincia y poco ó nada conocido en la república de las letras, sobre todo en el barrio que han tomado por asalto el Sr. de la Revilla y sus amigos. Y para confundir y aniquilar á semejante pigmeo, ignoto estudiantillo y principiante, emplea todo un artículo titulado con mucho énfasis *La Filosofía Española*, y en él se defiende y defiende á su amada *Revista* (solidaria sin duda de sus ideas y opiniones, por lo cual hice bien en atacarla), y hasta la redacción de esta encaja una nota al pié de ciertos cuadros de la enseñanza que se da en las Universidades alemanas (muy sustanciosos sin duda para quien asista á esos cursos, pero inútiles ó poco menos para los españoles que adelantan harto poco con saber que el profesor *Nahlowsky* explica este verano la teoría del sentimiento en la Universidad de *Czernowich*), quejándose de la *recelosa y estrecha suspicacia que se abstiene de estudiar la civilización de otros pueblos*, cuando precisamente la que no se estudia poco ni mucho es la española.

Pero como ni los exabruptos del Sr. de la Revilla ni las notas de la *Revista Contemporánea* me hacen perder la tranquilidad ni el aplomo, voy á contestar al nuevo Mr. Masson, cuyo artículo (advíertase esto), infinitamente más destemplado y furibundo que el mio, está escrito en un tono autoritario y dictatorial verdaderamente delicioso. Yo no tengo el mal gusto de enfadarme como el señor de la Revilla, ni me reputo agraviado por estas cosas, pues bien sé que flechas de pluma no hiernen cuando se tiran á bulto y desatentadamente. Tengo por honra grandísima el que el Sr. de la Revilla me llame *neo-católico, inquisitorial, defensor de insti-*

tuciones bárbaras y otras lindezas. Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico á macha-martillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico apostólico romano sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso, pero muy ajeno, á la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este ó el otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo cual blason honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional á través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones á la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual, y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de mal gusto y atrasadas de moda lucubraciones como la del Sr. de la Revilla. No necesitábamos, en verdad, ir á Alemania, ni calentarnos mucho los cascotes para aprender todo eso. Ya lo sabían los bienaventurados liberales del año 20. Por lo demás, no me quitan el sueño los calificativos de *enemigo implacable de la civilización y de la patria* que me prodiga el Sr. de la Revilla. Creo que la verdadera civilización está dentro del catolicismo, y que no es enemigo de la patria el que sale mejor ó peor á su defensa.

El Sr. de la Revilla dice que nunca ha pertenecido á la escuela hegeliana. En hora buena: me interesan poco sus transformaciones filosóficas. Hoy pasa por *neo-kantiano*, pero no niega sus tendencias al positivismo. Lo averiguado y cierto es que siempre ha militado en las filas de la impiedad, con una ú otra bandera. No sé de qué católicos ha hablado con respeto el Sr. de la Revilla; sería sin duda de los llamados *católicos viejos*, que tienen tanto de *católicos* como yo de turco, siendo en realidad unos *protestantes nuevos*. Y también es peregrina ocurrencia la del Sr. de la Revilla al asegurar que *no hace caso de ciertos ataques*, y no *necesita de ciertas defensas*, y empeñarse en ellas dos líneas ántes.

Dice que, al censurar de *extranjera* á su *Revista*, no *he pensado* lo que digo, y debí leer los índices para convencerme de que eran más los escritos de autores españoles que los de extranjeros. Sin hacer grande esfuerzo de *pensamiento*, leí á su tiempo dichos índices y aún examiné la colección entera, y por eso dije lo que vió el Sr. de la Revilla. *Muy pocas veces* (estas fueron mis palabras) *he tenido la di-*

cha de encontrar algún artículo, párrafo ó línea, castellanos por el pensamiento ó por la frase. Claro es que, al decir *pocas veces*, exceptuaba un artículo del Sr. Valera, poesías varias del Sr. Campoamor, etc., etc.; pero del resto digo que no es *español* ni en el pensamiento ni en la forma, por más que sean *españoles* (sin duda, por equivocación) sus autores, pues nadie me hará creer que son castellanas las ideas ni el estilo de los señores *Montoro*, *del Perojo* y tantos otros bien conocidos del Sr. de la Revilla; y considero semejante *Revista* como empresa *anti-católica*, *anti-nacional* y *anti-literaria*, pues lo que hoy importa no es propagar en malas traducciones, arreglos y extractos la ciencia extranjera, que esa por todos lados entra y es de fácil asimilación, sino trabajar algo por redimir del olvido á la española, cuya existencia es muy cómodo negar cuando no se la estudia ni se la conoce. En cuanto á *los chistes de mal gusto* que el Sr. de la Revilla me reprende, ya sabía yo que no hay más chistes cultos ni delicados que los de la Puerta del Sol ó los del Casino. ¿Qué chistes, sino frailunos y de sacristía, ha de decir un neo-católico de provincias, falto de esa chispa cortesana que tanto enaltece al Sr. de la Revilla?

Tras estos preliminares, el Sr. de la Revilla entra en materia, dando una en el clavo y ciento en la herradura, aunque á él, ofuscado por la pasión y el orgullo, se le antoja lo contrario. Dice que *yo no niego por completo su aserto respecto á la inferioridad de los españoles en las ciencias exactas, físicas y naturales*. Esto que para el Sr. de la Revilla es *curioso*, maldita la *curiosidad* que tiene, pues ni implica contradicción, ni favorece á mi adversario en nada. Desde mi primera carta vengo diciendo que *hay relativa inferioridad en este punto, mas no absoluta pobreza*, y el Sr. de la Revilla, en vez de admirarse de ello, hubiera hecho bien en contestar á las proposiciones siguientes, que en diversas partes he sostenido y razonado:

1.ª La intolerancia religiosa no influyó poco ni mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma. No hubo prohibiciones de libros útiles, ni persecuciones de sabios (sino en casos raros, y eso por otras causas), ni nada, en fin, que impidiese nuestro progreso en dichos ramos del saber. El señor de la Revilla no se ha acordado de destruir ni aún de mentar mi argumentación en este punto. Él sabrá la razón... y yo también la sé.

2.ª Los talentos de segundo orden en las ciencias, los expositores, indagadores, etc., son dignos de muy honrosa memoria en la historia de las mismas, y nunca será completa la que no abrace sus tareas y descubrimientos. Sostuve esta verdad en la carta á que el Sr. de la Revilla contesta, haciéndose cargo de la fuerza del argumento, pero procurando

eludirle con un sofisma *de tránsito* que no deslumbraría á un mal principiante de lógica. Dice que en la historia literaria suponen poco los autores de segundo orden, y deduce que lo mismo acontecerá en la científica. Pues, cabalmente sucederá todo lo contrario, porque en las obras de indole estética no se toleran medianías, según aquello de Horacio:

Mediocribus esse poetis

Non Di, non homines, non concessere columnæ,

que saben hasta los chicos de la escuela, al paso que en las destinadas á un fin útil, cuales son las científicas, caben los esfuerzos de todo hombre investigador y laborioso, lo cual advirtió también el Venusino en el muy sabido pasaje cuyo final he recordado. El Sr. de la Revilla insiste en creer que los sabios nacen y viven como los hongos, y para él nada son ni significan los modestos *científicos* (hágote sustantivo por la gracia de Dios: ¡resabios krausistas!) que les allanan el camino, ni los que siguen sus huellas y explican, explanan ó completan su doctrina. Sería ciertamente curiosa la historia de la ciencia que escribiese el Sr. de la Revilla. Él no sabe ver más que cosas grandes y como el puño: lo demás son puerilidades y miserias. El desden soberano con que trata de cuantos en España han cultivado la ciencia, teniéndolos por dignos de todo olvido y menosprecio porque no le parecen *genios*, me recuerda el caso de aquel *jándalo* fachendoso que tiraba con desgaire el pañuelo al entrar en su pueblo, añadiendo: «Camarada, no le levante, que diez llevó perdidos desde Reinosa.» Al Sr. de la Revilla debe de importarle muy poco perder los *pañuelos*, ó sease la ciencia española, porque, en su entender, todo lo que no sea Galileos, Keplers y Newtones es cosa de ninguna monta. A bien que ahora vamos á tener cosecha de ellos, gracias á la *Revista Contemporánea*.

El que las historias de la ciencia no hablen ó hablen poco de los españoles, nada tiene de extraño. Son en su mayor parte obra de autores extranjeros que no conocen el desarrollo de nuestra actividad intelectual, muy difícil de estudiar hoy por la rareza de los libros que produjo, y hasta por la falta de Diccionarios bibliográficos que indiquen sus títulos y paradero. Siempre fuimos *pródigos en hazañas y cortos en escribirlas*, y no es maravilla que los de fuera desdeñen lo que con soberbia ignorancia niegan los de casa. Pero aún en esas historias escritas con falta de noticias en esta parte, hallamos celebrados algunos españoles. En casi todos los anales de la botánica se habla con elogio de los *fitólogos* que he recordado en otras cartas. Apenas hay historia de la astronomía y de las matemáticas en que no suenen las Tablas Alfonsinas y otros monumentos del saber de nuestros antepasados, en di-

versos siglos. La historia de la Medicina (y esto no lo niega el señor de la Revilla) está llena de nombres españoles, y sin gran esfuerzo pudieran citarse aquí como famosos y consignados en libros corrientes los de infinitos matemáticos, químicos, metalurgistas y geopónicos. Debe pasar un mal rato el señor de la Revilla cada vez que ve mentado á un español en libros de ciencia: á tal punto le arrastra el odio ciego que las cosas de su patria le inspiran, sólo porque esta patria es y ha sido católica.

Con *habilidad* (llamémosla así) impropia de polémicas serias, dice el Sr. de la Revilla que, por confesión mia, *únicamente* dos descubrimientos (fuera de los marítimos) se deben á los españoles: *las cartas esféricas* y el *nonius*. En ninguna parte he dicho semejante cosa: cité esos dos *exempli gratia*, como hubiera podido citar otros veinte, v. gr., el de *la circulación de la sangre*, debido á Miguel Servet; el del *suco nérvoso* hecho por Doña Oliva Sabuco de Nantes; el de que los colores no residen en los objetos, sino que son la misma *lux refracta, reflexa ac disposita*, consignado por Isaac Cardoso con estas mismas palabras en su *Philosophia libera*, donde también se apartó de la escolástica respecto á otros puntos físicos y psicológicos; el del *platino*, dado á conocer por Ulloa en 1748; el de infinitos ejemplares de los reinos vegetal y animal; y si á libros extranjeros hubiéramos de creer, el del *ácido nítrico* y el de la *destilación alcohólica*, atribuidos hasta ahora á Raimundo Lulio. Pero como la ciencia española no necesita engalanarse con ajenas plumas, á un español, grande amigo nuestro y gran bibliófilo, se ha debido la demostración de lo contrario, como á otro sabio español, gloria de la moderna literatura catalana, se debe la más completa aclaración respecto al verdadero invento de Blasco de Garay. Así procede la erudición, no negando ni condenando en redondo como la ciencia de los *contemporáneos*, sino distinguiendo y apurando cada cosa.

Los nombres mismos de infinitas plantas pregonan la gloria de los botánicos españoles: *Queria, Minuartia, Meletia, Monarda, Ovieda, Ortega, Salvadora, Barnadegia, Mutisia*... ¿eran calmuco ó daneses los naturalistas en cuyo honor se titularon así estas especies? Y si hasta en los nombres está consignada su memoria, ¿cómo ha de faltar en los libros de historia de la ciencia?

No amontonaré nombres propios, puesto que no agrada esto al Sr. de la Revilla, sin duda porque es más cómodo para él no citarse más que á sí propio y á sus amigos. Pero si le diré que hipótesis muy célebres (por más que él lo niegue), v. gr., la *del flogisto* en química claramente presentada por Vallés en su *Philosophia sacra*, y la del P. Feijóo sobre los terremotos considerándolos como fenóme-

nos eléctricos, son de origen español; que los descubrimientos médicos no tienen número; que los astrónomos españoles del siglo XVI, entre ellos Alfonso de Córdova y Juan de Rojas (de quienes no puede decirse que están ignorados, puesto que los cita Moutucla en su conocidísima *Historia de las Matemáticas*), eran estimados por de los más eminentes de Europa, y venían los extraños á recibir sus enseñanzas; que Nuñez puede estimarse, al igual de Vieta, padre del Álgebra, y que no está tan averiguado como el Sr. de la Revilla supone con ligereza imperdonable, que sean de segundo orden todos los científicos españoles, por la sencilla razón de que ni el Sr. de la Revilla ni nadie que sepamos se ha tomado la molestia de probarlo. Trabajen y averigüen estas cosas los doctos en las ciencias positivas (sin duda en oposición á la negativa muy común en estos tiempos), pesen y quilaten ellos los méritos respectivos de nuestros sabios y de los extranjeros, y cuando estos doctos matemáticos, físicos, químicos y naturalistas (bibliófilos además, circunstancia precisa para estar en autos) hayan sentenciado en pró ó en contra, yo acataré su decisión, porque si soy implacable con la *universalidad superficial* y el saber aparente, nadie me gana en respeto al *especialismo profundo* y al saber sólido y verdadero. Pero lo que desde luego puede afirmarse, mediante el sentido común y la ligera noticia que de tales cosas puede tener un profano, es que la ciencia alcanzó un desarrollo muy notable en España, produciendo infinidad de libros más ó menos útiles (sobre lo cual no ha de decidir el señor de la Revilla sin examinarlos ántes uno á uno, si tiene competencia para ello) y multitud de descubrimientos y observaciones parciales consignables, y consignados ya algunos, en cualquiera historia formal, todo lo cual es título de gloria bastante para que se hable de *ciencia española*, no pomposa sino justamente, y en el tono de piedad filial con que debemos hablar todos de nuestra patria, sin atribuirle ajenas glorias, pero procurando investigar y poner en su punto las verdaderas, sin adularla, pero guardándonos de dirigirla á tontas y á locas infundadas injurias. Y convénzase el Sr. de la Revilla de que no hay historia de la ciencia sin España, porque la ciencia no se compone sólo de dos teorías y de tres ó cuatro hipótesis y de uno ó dos principios fundamentales, sino de una larga serie de *cabos sueltos*, que suponen el trabajo y el esfuerzo de pueblos y generaciones enteras, esfuerzos que deben quedar registrados en la historia, si esta ha de ser completa, enlazada, útil y fructuosa. Y repito que es excusada y sofisticada la comparación con el arte literario, porque si en este montan poco cien poemas malos ó medianos, pues que ningún fruto directo saca la humanidad de las tareas poé-

ticas realizadas con escaso númen, de trabajos científicos de segundo orden saca la humanidad incalculables ventajas. Poco aprovecharemos á nadie el Sr. de la Revilla ni yo con lanzar sendos tomitos de poesías líricas al mundo; maldito si la posteridad ha de descalabrarse investigando nuestras vidas y milagros, ni nos ha de levantar estatuas y monumentos; al olvido iremos como tantos otros dignos de mejor suerte; pero ¿cómo ha de olvidarse nunca al que descubre un cuerpo simple; ó un fenómeno fisiológico, ó estudia por primera vez un mineral ó una planta, ó demuestra algún ignorado teorema? Y diré, para terminar esta enojosa materia, que más honra á un país y más actividad científica demuestra en él la circunstancia de que haya producido doscientos sabios modestos y útiles que un solo genio, porque el genio le da Dios (así lo creemos los neos y oscurantistas), al paso que el trabajo y la constancia y el estudio, previas ciertas condiciones, dependen en gran parte de la voluntad humana. Olvidábaseme advertir que no está aplicado con bastante propiedad el nombre de *descubrimientos* al de *las cartas esféricas* y al del *nonius*, que deben calificarse de *invenciones*, lo mismo que el del *telégrafo eléctrico*, vislumbrado por Fernán P. de Oliva, y llevado en parte á ejecución por el físico catalán Salvá en los primeros años de este siglo, el *arte de enseñar á los mudos*, debido al benedictino Fr. Pedro Ponce y al aragonés Juan Pablo Bonet, el *de enseñar á los ciegos*, expuesto por el Maestro Alejo de Venégas en su *Tratado de ortografía*, impreso en 1531, y tantas otras que fuera prolijo enumerar.

Dice el Sr. de la Revilla que en la defensa de la filosofía española no ando muy afortunado, y que le doy lecciones pueriles, como la de advertirle que Foxo Morcillo y Gomez Pereira se llamaban así, y no Morcillo y Pereira, según él los nombra. En primer lugar, lo de los nombres es en mi artículo un paréntesis, que no influye poco ni mucho en la argumentación. En segundo, esta cuestión de los nombres no es tan impertinente como al Sr. de la Revilla le parece. Hay en nombres y apellidos formas consagradas por el uso, y que no conviene alterar para no exponer al lector á confusiones. Al decir *Cervantes* y *Calderon*, todos entendemos que se trata del autor de *El Ingenioso Hidalgo* y del de *La vida es sueño*; pero nadie nos entenderá si al primero le llamamos Saavedra ó al segundo D. Pedro de la Barca, ó Henao, ó Barreda ó Riaño, por más que llevase todos estos apellidos. Y es tal la tiranía de la costumbre (fundada siempre en algo) respecto á este particular, que nos causaría suma extrañeza oír llamar *Vega* á secas á Lope, ó *Mendoza* al Marqués de Santillana, mucho más cuando la nueva forma, tras de inusitada, induce á errores,

como en el caso de Gomez Pereira. É hice esta observacion (disculpable en un pobre bibliófilo *que no está á la altura de la ciencia moderna*), porque he notado que hasta en la manera de citar los títulos de los libros y los nombres de los autores, se conoce el grado de familiaridad que con ellos tiene el señor crítico.

Tambien le parece excusado al Sr. de la Revilla el que yo insistiese en la distancia que separa á Huarte y á doña Oliva de Vives, Suarez y Foxo, y dice (con evasiva sofística, aunque inocente) que los colocó en la misma línea *de imprenta, no de categorías*. Pues qué, ¿en el mero hecho de citar estos cinco filósofos en los términos que lo hizo, no dió á entender bastantemente que los tenía á todos por de primer orden y los estimaba como la flor y nata de esa *decantada filosofía española*? ¿Por qué citó á Huarte y á doña Oliva, y no á otros? ¿Por qué se dejó en el tintero á Rodrigo de Arriaga, Gabriel Vazquez, Domingo de Soto, Bañez, Fray Juan de Santo Tomás, Angel Manrique, Marsilio Vazquez, Pererio, Molina, Miguel de Palacios, Francisco de Victoria, Fonseca, Toledo, los dos Sanchez, Servet, Gouvea, Valdés, Sepúlveda, Pedro Juan Nuñez, Montes de Oca, Luis de Lemus, Cardillo de Villalpando, Pedro de Valencia, Mariana, Vallés, Caramuel, Nieremberg, Martinez, Piquer, Ceballos, Perez y Lopez y tantos otros? ¿Por qué calló el gran nombre de Raimundo Lulio? Sin pecar de malicioso, puede afirmarse que el Sr. de la Revilla se acordó de Huarte y doña Oliva porque escribieron en *romance* y son de los filósofos peninsulares más conocidos, habiendo de sus obras ediciones modernas muy comunes. El Sr. de la Revilla manifiesta grandes simpatías hácia Huarte, y yo le felicito por ello. Bueno es que se vaya aficionando á lecturas españolas, aunque no escoja para principiar un filósofo de los de primera marca. ¿Ve el Sr. de la Revilla cuán notable es el libro de Huarte con no contarle entre los mejores los aficionados á estas cosas? Pues juzgue lo que serán los filósofos que no conoce: *ex ungue leonem*. Tenga calma el Sr. de la Revilla, y lea mucho de pensadores españoles, que su clarísimo entendimiento ha de llevarle á reconocer la verdad, ó por lo ménos á respetarla, ya que le falte valor para reconocer su antiguo yerro. Y si le interesan los discípulos de Huarte, no deje de leer la *Filosofía sagaz y Anatomía de ingenios*, escrita en el siglo XVII por el catalán Estéban Pujasol, y el *Discernimiento de ingenios* del Padre Ignacio Rodriguez, el primero de cuyos libros contiene ideas tan nuevas, atrevidas y peregrinas como el celebrado *Exámen* del médico de San Juan de Pié de Puerto.

Mas, á pesar de sus aficiones *huartistas*, obstinase por ahora el Sr. de la Revilla en el *quod dixi, dixi*, y truena contra mí, sin duda porque dudé de su infa-

libilidad crítica: pecado imperdonable para los amantes de *la tolerancia* y de *la libertad del pensamiento*. Pero como yo tengo la mala costumbre de decir las cosas muy claras aun á sabios como el señor de la Revilla,

Y así á lo blanco siempre llamé blanco,

Y á Mañer le llamé siempre alimaña,

como cantó allá nuestro paisano Jorge Pitillas, repito ahora lo que á su tiempo dije y explané largamente, y lo que el Sr. de la Revilla ha tenido buen cuidado de no mentar en su contestacion, sin duda por miedo de *quemarse*, es á saber: que niego y continuaré negando su competencia en esta cuestión, mientras no dé pruebas de conocer algo más que de oídas la filosofía española. E insisto en este punto, porque no veo en el Sr. de la Revilla trazas de enmienda, puesto que su llamada *contestacion* á mi artículo deja las cosas tan mal como se estaban, y á él le coloca en situacion más falsa y peligrosa que ántes, haciendo patentes la ligereza con que habló primero y la terquedad insigne con que ahora se aferra á lo dicho, sin reparar en la calidad de las armas que emplea para sostener una malísima causa. Y si al Sr. de la Revilla le parece todo esto *personalidades*, tenga en cuenta que aquí son indispensables y precisas, y que en nada hieren su buena fama, á no ser que pretenda con pueril vanidad ser *omniscio* ó tener ciencia infusa, lo cual no sospecho de su perspicaz discernimiento.

Dice el Sr. de la Revilla que *para probar la existencia de la filosofía española cito á todos los que se han ocupado de ella*, lo cual califica de *desahogo de bibliófilo*. Perdone el Sr. de la Revilla: no los cité para eso, sino para demostrar que *no somos usted y yo solos los defensores de la filosofía ibérica*. Ahí está mi carta que no me dejará mentir. Entre eso y lo que el Sr. de la Revilla dice hay bastante diferencia. Aquí vendría bien la usada cortesía de que el Sr. de la Revilla *no me había entendido*; pero como yo me pago poco de fórmulas y sé que el señor de la Revilla me entiende perfectamente como yo á él, diré sin rebozo (y si es *personalidad* no le ofenda) que *no quiso entenderme*, porque así le convenia.

Y sepa el Sr. de la Revilla (aunque nada quiere saber de boca mia) que aun empleado como argumento de autoridad, ese catálogo sería de gran fuerza:

- 1.º Por contener nombres ilustres y de primera importancia científica y bibliográfica.
- 2.º Por haber entre ellos sectarios de todas las escuelas filosóficas desde las *más radicales* hasta las más ortodoxas, lo cual excluye hasta la sospecha de ser el nombre de *filosofía española* bandera de secta ó de partido.

3.º Por haber florecido los autores allí citados en muy diversos tiempos y naciones, lo cual excluye asimismo toda idea de confabulación y acuerdo.

Por eso, y porque no soy tan inmodesto que prescindiera de la autoridad de los que me han precedido, me permití aquel *desahogo* que tan mal ha sentado al Sr. de la Revilla y tan triste idea le ha hecho formar de la *generación educada en las bibliotecas con estudios de cal y canto*. Quizá esa generación (que aún está por ver) no competirá

En sal, en garabato, en aire y chisté con la *dorada juventud* que hoy puebla los Ateneos y habla con sublime aplomo de *transformar el Cristianismo*, como si se tratase de remendar unos calzones viejos; pero de seguro tendrá la buena condición de no tratar cuestiones que no entienda, ni entretenerse en denigrar ni escarnecer *por sistema* cuánto hicieron y pensaron nuestros abuelos. El Sr. de la Revilla, que me tiene á mí (aunque indigno) por de esa generación, dice que *será divertida, á juzgar por la muestra*. Es posible que yo no divierta al Sr. de la Revilla: en cambio, él me divierte mucho, muchísimo, y sentiría verme privado de sus donosas y *eruditísimas* lucubraciones acerca de la *Filosofía española*.

En todos estos preliminares, que en rigor pudieran calificarse de *pólvora en salvas*, gastó el señor de la Revilla muy cumplidas las tres primeras páginas de su artículo. Y cuando podíamos creer que iba á entrar en materia y á decirnos grandes cosas, y después de anunciarnos que *va á hablar por partes* y á tratar *la única cuestión seria* que apunté en mi artículo, sale con lo siguiente: «*Cuando hemos dicho que la filosofía española es un mito, no hemos querido decir que no haya filósofos españoles, sino que no existe una creación filosófica española que haya formado una verdadera escuela original, de influencia en el pensamiento europeo, comparable con las producidas en otros países*. Y á renglón seguido, y como si no lo hubiera dicho bastante claro, torna á remachar lo que él llama *argumento* y es sólo una escapatoria por los cerros de Úbeda, diciendo que *para que haya filosofía nacional es preciso que constituya escuela y tradición en un país*; y no contento con esto, dice más abajo que *ha de llevar su influencia más allá de los límites estrechos de la patria*, cuyas condiciones (puramente externas y accidentales y que no afectan al mérito de las doctrinas) son, en concepto del señor de la Revilla, indispensables para que se pueda hablar de *filosofía española*. Pues ahora voy á dar gusto al Sr. de la Revilla mostrándole no una, sino varias *creaciones filosóficas que forman tradición y escuela é influyen en España y fuera de ella*. Y se hubiera ahorrado el Sr. de la Revilla mucho mal

camino y muchos tropiezos si hubiera comenzado por aquí, en vez de adoptar el tono de un artículo de *La Iberia* y llamarme *neo y retrógrado* sin venir á cuento.

Para que el Sr. de la Revilla vea que no abuso de las ventajas que con ceguedad notoria se empeña en proporcionarme, prescindiré del *Seneguismo*, por ser doctrina más bien moral que metafísica, y porque tal vez pertenezca nuestro crítico al número de los que se niegan á reconocer la influencia del genio nacional en las obras de los hispano-romanos. Pero lo que no negará es la grandísima importancia histórica de esa transformación del estoicismo, que en la Edad Media influye sobremodera, llegando á bautizar con el nombre del filósofo cordobés no pocos libros ajenos y de origen cristiano, como el *De quatuor virtutibus* de San Martín Bracarense; que en el siglo XV domina sin rival en las inteligencias de los primeros *renacientes* (Don Alonso de Cartagena, Pedro Díaz de Toledo, el marqués de Santillana, Juan de Lucena, Fernán Pérez de Guzmán, el rey de Aragón Alfonso V, etc.); que en el XVI y en el XVII llega á su apogeo dentro y fuera de España con Justo Lipsio, Montaigne, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracian, Nuñez de Castro, Baños de Velasco, Fernández de Heredia, Ruiz Montiano, Fernández Navarrete, el portugués Antonio López de Vega y otros ciento, expositores unos, comentadores y defensores otros, y moralistas los más, á la manera del filósofo de Córdoba; que en el siglo XVIII inspira buena parte de sus paradojas y atrevidos pensamientos á Rousseau, y provoca en Francia de parte de Diderot y de Lagrange defensas tan extremadas como las que por entonces hacían en Italia los jesuitas españoles Serrano y Lampillas.

Hago, pues, caso omiso de esta doctrina que siempre ha tenido secuaces de bulto dentro y fuera de España. Dejó también el *averroísmo*, porque de seguro me negará el Sr. de la Revilla que sea escuela filosófica española, aunque Averroes fuera tan cordobés como Séneca; pero de seguro, también, me confesará el predominio incontestable de esta filosofía arábigo-hispana en las escuelas de Occidente durante toda la Edad Media; predominio que (entre paréntesis) de nadie recibió más duros golpes que del mallorquin Raimundo Lulio, viniendo á sucumbir bajo los recios anatemas del valenciano Luis Vives en los días del Renacimiento. Tampoco significará nada para el Sr. de la Revilla, como parte de nuestra historia filosófica, ese panteísmo judaico-hispano, personificado en *Moisés ben Maymon* (Maymonides) y apellidado por eso *maimonismo*, sistema tan real y poderoso, que no sólo inspira en el siglo XVI á Miguel Servet y á Jordan Bruno (confundiéndose en ellos con reminiscencias neo-platónicas) y se amalgama en el XVII con el cartesianis-

mo y el método geométrico en los libros de Benito Espinosa, é influye en otro panteista también de origen hebráico-portugues, ménos conocido, David ben Pinhas, sino que en el presente vive y palpita más ó ménos modificado en el fondo de muchos sistemas alemanes.

De estas tres creaciones del pensamiento ibérico admitirá el Sr. de la Revilla el mérito y la importancia, y dirá que formaron tradición y escuela dentro y fuera de aquí, porque como no fueron católicos sus autores, sino paganos, musulmanes ó judíos, no hay riesgo en alabarlos; pero tendrá buen cuidado de advertir que Séneca, Averroes y Maimonides fueron españoles sólo por el hecho de haber nacido en España, sin tener en cuenta que grande debió de ser el elemento español en Séneca cuando á él siguieron é imitaron con preferencia nuestros moralistas de todos tiempos, y cuando aún hoy es en España su nombre el más popular de los nombres de filósofos y una especie de sinónimo de la sabiduría, lo cual indica que sus doctrinas y hasta su estilo tienen alguna esencial y oculta conformidad con el sentido práctico de nuestra raza y con la tendencia aforística y sentenciosa de nuestra lengua, manifiesta en sus proverbios y morales advertencias, de expresión concisa y recogida como los apotegmas de Séneca que pugnan con el genio de la lengua latina, y la cortan seca y abruptamente; y sin reparar, en cuanto á Averroes y Maimonides, que al primero refluye todo el genio filosófico de los árabes españoles, como al segundo toda la labor intelectual de los hebreos peninsulares, razas las dos sumamente modificadas por las condiciones de nuestro suelo y clima, y partícipes de las condiciones y leyes históricas del pensamiento nacional, pudiendo explicarse por ellas hasta la inclinación al panteísmo manifiesta lo mismo en los filósofos hispano-árabes y judíos que en todos los herejes españoles antitrinitarios, hayan sido ó no filósofos, como Miguel Servet, Juan de Valdés, Miguel de Monserrate y Blanco-Withe, porque el pensamiento español es lógico hasta en sus aberraciones.

Peró no cante victoria el Sr. de la Revilla, que aún hay, á falta de una, otras tres creaciones filosóficas españolas, con influencia en el mundo, con escuela y tradición dentro y fuera de casa, con todos los caracteres, en fin, que él exige (sin necesidad algunos) para que haya filosofía que en rigor pueda llamarse nacional. Y estas escuelas son el *lulismo*, el *vivismo* y el *suarismo*, de los cuales voy á decir cuatro palabras, suficientes para mostrar el encadenamiento de su tradición científica, remitiendo á quien desee más noticias á los libros (muy pocos por desgracia) que tratan algo de esto, y mejor aún, á las obras de los mismos filósofos, que ahí están muriéndose de risa en los estantes de las bibliote-

cas, y que cualquiera puede leer, si sabe latín y tiene deseo de aprender lo que en su alta sabiduría desdeñan los señores del Ateneo y de la *Revista Contemporánea*.

Y comenzando por el buen Ramon Lull, á quien el pueblo católico venera en los altares como á mártir de la fe, y á quien, cual á heróico obrero de la ciencia, debieran venerar los sabios incrédulos ó creyentes, y como gloria inmortal del nombre pátrio, los españoles todos, nadie, sin presunción y ligereza notorias, osará llamar *estimable ingenio de segundo orden* al gran filósofo del siglo XIII, inteligencia de las más colosales, profundas y sintéticas de todos los siglos, padre y constructor de un sistema armónico tan sencillo como admirable, que no me detendré á exponer aquí porque ya lo hizo brillantemente el Sr. Canalejas; sistema que en el *Arbol de la ciencia* engarza con hilo de oro el mundo de la materia y el del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo á reducir las discordancias y resolver las antinomias, para que *reducida á unidad la muchedumbre de las diferencias* (como dijo el más elegante de los lulianos) *venza y triunfe y ponga su silla*, no como unidad panteística, sino como última razón de todo, aquella *generación infinita*, aquella *Expiración* cumplida, eterna é infinitamente pasiva y activa á la vez, en quien la esencia y la existencia se compenetrán, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza. ¿No llena todas las condiciones de unidad científica la concepción luliana desde el árbol *elemental* hasta el *divino*, mediante el cual se halla luego la solución del *árbol de las cuestiones*? ¿Qué hay más ingenioso que el artificio de la lógica luliana y el juego de los universales y de los predicados? Después del *Organon* aristotélico no se había escogitado cosa semejante. El gran pensamiento de *la unidad de la ciencia* rige y gobierna todos los trabajos de Raimundo Lulio. Él aplicó su método á la ética, á la cosmogonía, á la teodicea, considerándolas á todas como ramas del mismo tronco. No fué expositor de ninguna filosofía extraña, sino fundador de una escuela, de existencia reconocida en todos los países de Europa, que en Mallorca tuvo cátedras oficiales, y que cuenta entre sus sectarios españoles á Raimundo Sabunde, Fr. Anselmo de Turmeda, Pedro Dagui, Juan Llobet, Fernando de Córdoba, Alonso de Proaza, Arias Montano, Juan de Herrera, Fray Luis de Leon, Pedro de Guevara, Suarez de Figueroa, D. Alonso de Zepeda, escuela que revive en el siglo pasado no sin gloria, representándola en polémica con el P. Feijóo los PP. Fornés, Pascual, Tronchon y Torreblanca, y que aún vive en el presente, coronando la serie de ilustres lulianos el Sr. Canalejas, si hemos de atenernos á estas palabras que conviene mediten el Sr. de la Revilla y sus compañeros

de la *Revista Contemporánea*, porque nada tiene de *neo* ni de *inquisitorial* el escritor que las dice: «Si para la educación filosófica de nuestro pueblo es ó nó camino más llano y fácil el de exponer á Lulio intepretándole latísimamente en el sentido moderno, que el *importar enseñanzas extranjeras muy propias de sajones ó germanos, pero antipáticas al genio de nuestra raza y á la índole de nuestra inspiración y de nuestra historia*, es tésis que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía... En lo político como en lo científico, las nacionalidades constituyen un organismo necesario para que la verdad se produzca en el trascurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta á esta ley histórica cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?» Y si el Sr. Revilla juzga condición indispensable para la existencia de una escuela el que lleve su influencia más allá de los límites de la patria, en este caso se halla el *lulismo*, doctrina bien conocida en el mundo científico, como lo demuestran los nombres del abad Tritemio, Cornelio Agripa, el P. Kircher, Ibo Zalzinger, y otros *lulianos* extranjeros, grandes admiradores del *Ars Magna* y del *Arbor scientiæ*, y secuaces en todo ó en parte de las doctrinas del filósofo de Mallorca. Ya tenemos una *creación filosófica nacional* que llena las condiciones requeridas por el Sr. de la Revilla. La grande edición de las obras de Lulio se hizo, no en Palma, sino en Maguncia, por diligencia de Zalzinger, y es seguro que Italia y Alemania han dado al *lulismo* tantos y tan fogosos secuaces como España.

El segundo *sistema peninsular* influyente, conspicuo y famoso en el mundo es el *suarismo*, respecto al cual anda muy fuera de tino el Sr. de la Revilla, cuando dice que Suarez fué *un aventajado discípulo del escolasticismo*, como si dijéramos *un buen chico, un jóven aplicado y estudioso* (1), dando á entender con ese tono despreciativo, en él familiar, que nada aportó á la ciencia, que no tuvo originalidad alguna, ni fundó escuela, ni ejerció influencia, y que fué, en suma, *un buen expositor de una filosofía extraña*. Parece imposible que tales cosas se digan en serio y por gentes que presumen de autoridad crítica. Suarez no es *discípulo*, sino *maestro*, y *maestro* que cuenta á centenares los secuaces. En sus múltiples obras desarrolla un sistema completo que abraza la Metafísica, la Cosmología, la Psicología, la Teodicea, la Ética y la Filosofía del Derecho; sistema que se aleja bastante del *tomismo*, y está con él en la

misma relación que las escuelas alemanas modernas con el *kantismo*, padre de todas ellas. Hasta en la Teodicea se aparta notablemente del *tomismo rígido*. Sus doctrinas *de la ciencia media* y el *congruismo*, en que mitigó las atrevidas, pero peligrosas opiniones de Molina y Gabriel Vazquez, son esfuerzos sublimes para conciliar en lo posible á los ojos de la razón humana la predestinación, la gracia y el libre albedrío. La misma originalidad de pensamiento muestra en el análisis de la idea del ente y en cuestiones de menor importancia, y bien puede afirmarse que él cifra y compendia la filosofía jesuítica viva y poderosa todavía, y tan *suarista* como en el siglo XVI. Un nuevo expositor de filosofías extrañas no funda escuela, ni tiene discípulos, ni ejerce influencia más allá de su patria, como lo hizo Suarez, seguido de cerca por los Conimbricenses, Toledo, Pererio, Henao, Tellez, Bernaldo de Quirós, Rodrigo de Arriaga, Losada, Pons y otros mil jesuitas españoles y extranjeros, hasta llegar á los contemporáneos Perrone, Cuevas, Liberatore, Tongiorgi, Curci, Taparelli, Kleutgen, por nó no citar más, que mantienen hoy el *suarismo* no ménos fuerte y lozano que en sus mejores días. Tampoco sé á punto fijo con qué razón llama el Sr. de la Revilla extranjera á la filosofía escolástica (áun la *tomista* y *escotista*), pues aparte de la levadura averroista y de las *Sámulas* de Pedro Hispano, puede decirse que esa filosofía es nuestra por derecho de conquista, vistos el número y la importancia de los escolásticos peninsulares, y por eso Leibnitz, que entendía de crítica filosófica más que el Sr. de la Revilla y que todos nosotros, llamó *filosofía irlandesa y española* al escolasticismo.

La tercera *creación filosófica* española es el *vivismo* ó sea la *filosofía crítica*, escuela ménos conocida que las anteriores, porque tuvo la desgracia de fraccionarse y no recibir el nombre de su fundador, sino los de discípulos y secuaces suyos. El Sr. de la Revilla dice que esta escuela es un *mito*, y voy á demostrarle lo contrario. Imagina nuestro articulista que Vives, Foxo Morcillo, etc., no son más que *colaboradores del movimiento anti-escolástico representado en el Renacimiento por otros muchos filósofos italianos y franceses*, en lo cual yerra de todo punto, pues entre el que edifica y el que destruye hay siempre diferencia grande. De los filósofos á que alude el Sr. de la Revilla, unos, como Pedro Ramus, se limitaron á afirmar *ex cathedra* que cuanto Aristóteles había enseñado era error y mentira, y sustituyeron palabras á palabras, sin utilidad alguna para la ciencia; otros renovaron el platonismo, ó más bien la filosofía alejandrina; algunos, como Pomporazzi y Vanini, resucitaron los errores materialistas de ciertas escuelas paganas; otros cayeron en los sueños teosóficos y cabalísticos, entónces de

(1) Así llamaba el *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid* al Sr. de la Revilla en aquellos bienaventurados tiempos en que era *kraurista*.

moda, y pararon en el panteísmo: ninguno fundó escuela, ni trajo doctrinas nuevas al campo del saber; ni aun llegó á constituir sistema; todos trabajaron en la demolición del edificio escolástico, pero sin levantar nada propio ni duradero. ¡Cuán diversa fué la obra de Vives! No atacó éste el aristotelismo por sistema; no se adhirió sistemáticamente á Platon; juzgó el mayor daño para los progresos de la ciencia *auctoritate sola aquiescere et fide semper aliena accipere omnia*; en frente del principio de autoridad colocó el de razón: *Tantum mihi habeatur fidei, quantum ratio mea vicerit... Palet omnibus veritas, nondum est occupata*; asentó la necesidad de reforma y de progreso en la ciencia, porque *nulla ars simul est et inventa et absoluta*, y con este criterio examinó las causas de la corrupción de todas las disciplinas, buscándolas, ante todo, en los vicios propios del entendimiento humano (*idola tribus* de su discípulo Bacon), en la oscuridad voluntaria, en el espíritu de sistema, en la adhesión á la palabra del maestro, en la veneración supersticiosa á la antigüedad, en el abuso de la disputa; censuró con juicio tan elevado y sólido los extravíos del Renacimiento como las sofisterías de la Escolástica, los primeros en el libro *De corrupta grammatica*, las segundas en el *De corrupta dialectica*; dijo ántes y lo mismo que Bacon, que la filosofía natural sólo podía adelantar *experimentis et usu rerum*; señaló reglas para corregir el engaño de los sentidos; tronó contra el afán de generalizar sin que precedieran *experimenta et observationes variarum rerum in natura*, exclamando con profunda verdad: *Ignorant quæ jacent ante pedes, scrutantur quæ nusquam sunt*; y después de haber visto y considerado con erudición y sagacidad maravillosas cada parte de la ciencia tal como entonces se cultivaba, procedió á trazar un método de renovación de las disciplinas, harto más completo, juicioso, armónico y ordenado que el de Verulamio, reputando *proprium tanti instrumenti opus intueri omnia, colligere, componere inter se, et universam hanc naturam quasi possessionem suam peragere*.

Para enderezar á tan alto fin el entendimiento, comenzó por definir la *inducción* y la *experiencia* y señalar sus fueros, no extremándolos como el canciller inglés, y dándoles reglas con igual ó mayor acierto: *«ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem quæ compluribus deinceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur... Ceterum experientie temerariæ sunt ac incertæ, nisi à ratione regantur, quæ adhibenda est illis tamquam clavus aut gubernator in navi: alioqui ferentur temere, et fortuita erit ars omnis, non certa... Quod est in iis cernere, qui solis experimentis ducuntur de quorum ingenio judicium non censet rem, locum, tempus et reliquas*

circumstantias inter se conferens, fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat (1),» consideraciones que explana después y en varios lugares largamente. La importancia de Vives como metodólogo no ha de ocultársele á nadie que haya leído los libros *De tradendis disciplinis*. Mas no se limitó á esto la actividad científica del sabio valenciano. En los libros *De prima philosophia* desarrolló con sentido ecléctico su sistema metafísico, inclinándose alguna vez á Platon, y con más frecuencia á Aristóteles; en los *De anima et vita* dió maravillosos ejemplos de análisis psicológico; en los tratados lógicos simplificó considerablemente, é intentó reducir á la pureza del *Organon*, la dialéctica; en los libros *De veritate fidei christianæ* aplicó á la teología su sistema filosófico, con lucidez de entendimiento y delicadeza de análisis asombrosos; en el discurso *In pseudo-dialecticos* clamó como ninguno contra la barbarie de la escuela, y por último convirtió sus principios á la crítica filosófica en la censura de las obras de Aristóteles, en el librito *De initiis sectis et laudibus philosophiæ* y en otros opúsculos.

Tenemos, pues, un sistema completo sustituido al antiguo, con su Metafísica, Lógica, Psicología y Teodicea, en parte muy fundamental nuevas, clara y metódicamente enlazadas. Voy á mostrar ahora el desarrollo de la doctrina *vivista* en el siglo XVI y siguientes, para que el Sr. de la Revilla se convenza de su importancia histórica, y acabe de entender que de Vives parte un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes.

Ante todo, conviene advertir que la mayor parte de los filósofos italianos y franceses á que el señor de la Revilla se refiere, son *posteriores* á Vives, cuyas enseñanzas recibieron, aunque sin aprovecharlas bastante, porque les faltaba el *juicio*, cualidad capital del pensador valentino, y la tendencia conciliadora y ámplio espíritu que asimismo le distinguen.

Telesio es el que más se acerca á Vives en estas condiciones, pero no acertó á desarrollar sino bajo un parcial aspecto el *criticismo vivista*. Mucho más adelantaron en el proceso de esta fecunda doctrina los filósofos españoles, aunque la fama no se haya mostrado con ellos equitativa. Dejando aparte á los que como Gélida, Vergara, etc., en nada sustancial alteraron la doctrina del maestro, vemos surgir de la *filosofía crítica* cuatro direcciones principales:

1.º *El peripatetismo clásico*, muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroista ni escolástica. Representan esta dirección, á

(1) Tomo las citas de Vives de la edición príncipe de Basilea, 1535, apud Episcopium.

más de otros no tan notables, Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando y Pedro Juan Nuñez (caudillo de la que pudiéramos llamar *escuela valenciana* (1), después de su conversión del *ramismo*.

2.º *El ramismo español*, tendencia de oposición un poco dura y sistemática á Aristóteles, mitigada por un elemento *vivista* sobremanera poderoso. Son corifeos de esta secta el salmantino Herrera, el valenciano Nuñez en sus primeras obras, y con más tenacidad que ninguno el Brocense, cuya filiación *vivista* puede apreciarse en estas palabras del prólogo de su *Minerva*: «*Multa veteres philosophos latuerunt quæ Plato eruit in lucem, multa post eum invenit Aristoteles, multa ignoravit ille quæ nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate* (2), que es en sustancia el principio capital del *racionalismo* de Vives, expuesto en el prefacio *De causis corruptarum artium*.

3.º *El onto-psicologismo* de Foxo Morcillo, cuya conciliación *platónico-aristotélica* no es más que un desarrollo admirable de la metafísica *vivista*, si bien inclinándose más á la doctrina del gran discípulo de Sócrates, señaladamente en la cuestión de las *ideas innatas*, que entiende á la manera de San Agustín. Por su libro *De studii philosophia ratione*, modificación de la metodología de Vives, se da la mano Foxo con el grupo siguiente:

4.º *El cartesianismo ante-cartesiano*, profesado por el famoso hereje conquense Juan de Valdés, que en las *Consideraciones divinas* expone claramente *la duda metódica* como camino para llegar á la verdad, seguido en esto por su discípulo italiano Fray Bernardo Ochino, que en su *Catecismo* (traducción ó arreglo en gran parte de otro de Valdés) formuló el *cogito, ergo sum*; por Gomez Pereira y por Francisco Vallés, discordes en la cuestión del alma de los brutos, aunque conformes en muchos principios físicos, metafísicos y metodológicos del todo cartesianos. Si Descartes dice en el *Discurso del método*: «*Le premier precepte est de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle*, ya el divino Vallés había dicho en el capítulo XLVI de la *Philosophia sacra*: «*Necesse est ut in rationum investigatione... etiam de his quæ sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint (homines) fallere, dubitent*.

Como exageración de la tendencia *racionalista* del *vivismo* y fenómeno aislado, aparece el libro del portugués Sanchez *De multum nobili, prima et universalis scientia, quod nihil scitur*, y aún pudiera sostenerse que el *empirismo sensualista* de Huarte y doña Oliva tiene ciertas relaciones con la filosofía en cuestión, como dependiente que es de Gomez

Pereira y de la *Antoniana Margarita*. Pero júzguese de esto lo que se quiera, que al cabo no es de esencia, siempre podrá afirmarse que los *pensadores independientes* (en el buen sentido de la palabra), *los ciudadanos libres de la república de las letras* que en España florecen durante el siglo XVI, proceden en su inmensa mayoría del *vivismo*.

Llevó esta escuela su influencia *más allá de los límites estrechos de la patria*, y de ella nacieron:

1.º La filosofía de Bacon, que tomando por punto de partida los libros *De disciplinis*, proclamó las excelencias del método experimental (como ya lo había hecho Vallés en las *Controversiæ medicæ et philosophicæ*), desarrolló la teoría de la *inducción*, sabida de Aristóteles y no ignorada, ni mucho menos, de Vives y sus discípulos, analizó, de igual manera que el valenciano, las causas de los errores, é insistiendo en un punto menos atendido, aunque no olvidado por Vives, trajo la *magna instauratio* á las ciencias naturales.

2.º El *cartesianismo*, desarrollo parcial y exclusivo, lo mismo que el anterior, de otra fase de la doctrina de Vives y sus discípulos. Dice Julio Simon, que *el principio de la filosofía para Descartes fué la duda: este fué todo su método; el porvenir de la filosofía estaba en este principio*. Ahora bien; esa famosa duda había sido proclamada como principio de doctrina por Vives, Foxo Morcillo, Juan de Valdés, el Brocense, Gomez Pereira, Vallés y otros infinitos. En cuanto al famoso entimema, está en San Agustín, en Ochino, en Gomez Pereira y en cien partes más. El resto de sus principios apenas encierra novedad, como es sabido. Leibnitz lo demostró, y yo no necesito repetirlo. Lo que en su física y en su psicología tomó de Pereira y de Vallés, nadie lo ignora. Ya su contemporáneo el célebre Daniel Huet, obispo de Avranches, lo puso de manifiesto en su *Censura de la filosofía cartesiana*.

3.º La filosofía del P. Buffier y la modesta, prudente y sabia, aunque incompleta, escuela *escocesa*, que en punto al *análisis psicológico* tiene sus precedentes en el tratado *De anima et vitâ*, y en cuanto al criterio de verdad, al *sense common*, en este pasaje del libro I *De prima philosophia*, y en otros que pudieran citarse y á los cuales corresponde bien la tendencia general de las obras filosóficas de Vives: «*Quod naturale est, non potest esse ex falso (llama naturale al testimonio de conciencia)... nec potest certius esse veri argumentum, quam omnes naturaliter sic sentire... Nam si magni alicujus et sapientissimi viri auctoritas jure habet momenti plurimum, quanto habebit majus auctoritas generis humani?*» Que es, en sustancia, lo que dice Reid: «*El asentimiento en virtud del cual todos los hombres se afirman á si mismos proposiciones verdaderas y universales, es un juicio natural* (expresión idé-

(1) A esta escuela pertenecen Monzó, Monllor, Serverá, etc., etc.

(2) Edición lugdunense de 1789, apud Pestre et Delamoière.

tica á la de Vives, que le distingue del juicio *artificial* ó segundo), *instintivo*, que debe afirmarse, pero que no se razona.» ¿Y me preguntará ahora el señor de la Revilla si el nombre de Vives debe colocarse al lado de los de Descartes, Kant y Hegel? Sí, por cierto, y aún un poco más arriba, y si no suena tan alto como debiera, es por una grande injusticia histórica, incomprensible para el señor de la Revilla y otros fanáticos adoradores del éxito. Así como el hemisferio de Colon lleva aún hoy el nombre de Américo Vespucio, así se han bautizado con los pomposos nombres de *baconismo*, *cartesianismo*, y *escuela escocesa* diversos girones del manto de Vives, para quien espero que llegue pronto el día de la solemne reparación, hoy retardada sólo por el clamoreo de los sofistas.

Esperanza tengo de que retoñe esa escuela, nunca muerta en España, escuela de Melchor Cano, de Pedro de Valencia, de Caramuel, de Feijóo, de Piquer, escuela cuya restauración dos veces se ha intentado en el siglo XVIII y en el presente, frustrándose por haber sido enemigo entrambas tentativas, la del animoso Forner, portento de doctrina, y la del sabio metafísico Llorens, secuaz de la escuela escocesa, que procuró enlazar con la tradición de Vives, en cuya empresa le sorprendió la muerte.

Ya está servido el Sr. de la Revilla á medida de su deseo; ahí tiene, aunque sólo rápidamente bosquejadas, las escuelas y las influencias que tanto deseaba conocer. Aunque de las seis me rechace tres, tiene que reconocer la existencia y nacionalidad de las restantes. Ya ha visto que hay *lulistas*, *suaristas* y *vivistas* dentro y fuera de España: *pereiristas* nó, pues Gomez Pereira no fué caudillo de secta, porque no tenía condiciones para tanto, á pesar de su claro entendimiento, perspicuidad y audacia.

Y ¿qué diré del resto del artículo del Sr. de la Revilla, en el cual no hay una idea de provecho ni una noticia erudita, mostrándose el autor cada vez más desalumbrado y fuera de tino, como quien anda por sendas que no conoce, y á cada paso tropieza? ¿No es ridículo comparar la obra científica de Vives, Gomez Pereira y demás filósofos peninsulares con la misión de San Juan Bautista, que no predicaba una doctrina, precursora ni madre de otra doctrina, sino que anunciaba la venida del Salvador, diciendo: *Haced penitencia porque se acerca el reino de los cielos*, y bautizaba en el agua para la penitencia, esperando que viniese el que había de bautizar en el Espíritu Santo y en el fuego? ¿Y me pregunta el Sr. de la Revilla qué me parecería del que intentase propagar y defender el *juanismo*? ¿Pues qué había de parecerme tal empresa? Un desatino, y más desatinado me parece el símil y más traído por los cabellos el argumento (!) del Sr. de la Revilla, que sin duda cuenta mucho con la tolerancia

de su público especial cuando tales cosas escribe como si fuesen razones sólidas y macizas (estas palabras mías se le han indigestado, y no es extraño).

En cuanto á los místicos, el Sr. de la Revilla se vale de otra evasiva sofística, distinguiendo entre lo que él llama *misticismo* y la *filosofía mística*, que es lo mismo que si distinguésemos entre el *kantismo* y la *filosofía kantiana*. El Sr. de la Revilla es muy dueño de hacer los *distingos* que guste y de interpretar las palabras como le plazca; pero el *misticismo* ó la *filosofía mística* es indudable que ha florecido en España como en ningún otro país del mundo, y todo el que no sea *positivista* y haya leído *Las Moradas*, *Los Nombres de Cristo* y la *Subida al Carmelo* reconocerá que no hay filosofía más alta y sublime que aquella, y tendrá á Santa Teresa por filósofa tan grande y mayor que Hipatia (de quien después de todo sólo ha quedado la fama), y á Fr. Luis de Leon y á San Juan de la Cruz por filósofos profundos y excelentísimos, bastante más que Kant, Hegel y sus satélites, con cuyos nombres, sin cesar repetidos, quieren aturdirnos los críticos *germanescos*. Ya supongo la idea que tendrá el Sr. de la Revilla de la *filosofía*, y mal puede admitir en ella el *misticismo*, la *filosofía divina*, siendo secuaz de Comte y de Littré. Mas en cuanto á suponer que nadie considera como *filósofos* á los *místicos* citados, perdóneme que dude de su honrada palabra. Sin recurrir á *neos* y *oscurantistas*, ahí están Roussetot en su libro de *Les Mystiques Espagnols*, el señor Valera en cien artículos y discursos, el Sr. Canalejas en su juicio del libro francés ántes citado, el Sr. Martin Mateos en una serie de artículos publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*, y el malogrado estético Nuñez Arenas en un discurso inaugural de la propia escuela, todos los cuales convienen en estimar como filosofía el *misticismo* y como filósofos á los místicos españoles.

El Sr. de la Revilla insiste en juzgar por el éxito las doctrinas filosóficas, y dice que si Platon no hubiese fundado escuela sería un gran filósofo, pero no un objeto importante en la historia de la Filosofía. Pues si la historia de la Filosofía no habla de los grandes filósofos y de sus doctrinas, ¿de qué ha de hablar? ¿Esperará á que venga el *seruum pecus* para decidir del mérito de los sistemas? Pues bien mirado todo, no es el éxito, sino la *fama del éxito*, lo que no lograron los filósofos españoles. Más se han olvidado sus nombres que sus doctrinas. Lo dicho de Vives en particular puede aplicarse á todos ellos considerados colectivamente. Las limitadas noticias que tenemos de su influencia en el movimiento intelectual de la edad moderna nos bastan para creer fundadamente que aquella fué poderosa y fecunda. La Ontología, la Teodicea, la Cosmología, la Antropología, la Ética, el Derecho

natural, la Estética, todas las esferas de la filosofía les deben copiosas luces; sólo falta que *reconozcan la deuda*, mucho mayor, sin duda, de lo que por los datos hasta ahora conocidos aparece. *Tulit alter honores...*

Aquí tiene usted, amigo D. Gumersindo, la *contestación* del Sr. de la Revilla, *contestada* sin añadir, ni quitar, ni desfigurar ninguno de sus argumentos, al revés de lo que él ha hecho con los míos. Escrita su réplica en momentos todavía de irritación y cólera, es, bajo todos aspectos, indigna de su reputación y notorio talento; nada prueba, nada resuelve; puede pasar únicamente como evasiva. Un solo argumento fastidiosamente desleído, algunas declamaciones de *club* patriótico; mucho contar al público lo que yo digo, suprimiendo (cosa es clara) *las amenidades contra su persona* y con ellas otras cosas que no son para el ingenioso crítico *amenidades*, sino *espinas*, un *rebajar poniendo por bajo*, cuando lo raro y peregrino sería *rebajar poniendo por cima*, no poco de aquellas sabidas frases: *baste con lo dicho, mucho pudiéramos decir... pero ya dijimos... pero no lo diremos... porque el Sr. Menendez es neo*; hé aquí el artículo del Sr. de la Revilla.

Al final anuncia que no *discutirá conmigo* mientras no vea que empleo más comedidas formas. En cambio, yo que de *formas* me cuido poco, que no soy catedrático de Literatura como el Sr. de la Revilla, y que no tengo reputación literaria buena ni mala que aventurar en este lance, discutiré con él en cualquiera forma, aunque use la peor de todas, la *progresista*, aunque toque el himno de Riego, y me llame neo y troglodita... y cuanto se le antoje, que por eso no he de ofenderme; pero á condición de que dé muestras de haber estudiado la materia y conocer de la filosofía española algunas aunque vagas generalidades.

De usted apasionado amigo y paisano.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

Santander 22 de Setiembre de 1876.

EL PRIMER FERRO-CARRIL EN CHINA.

El 30 de Julio último se ha inaugurado el primer ferro-carril de la China, lo cual es un gran acontecimiento, no sólo por sus consecuencias morales y políticas, sino también bajo el punto de vista de las construcciones y del arte del ingeniero. El Celeste Imperio es grande, muy fértil en productos agrícolas y minerales, y prodigiosamente poblado; la población es activa é industriosa. En la India inglesa, que se encuentra en condiciones económicas bastante parecidas á las de China, han tenido buen éxito todas las vías férreas cons-

truidas para satisfacer las necesidades comerciales. Si algunas líneas tienen poco tráfico son precisamente las que el gobierno inglés ha construido bajo el punto de vista del interés estratégico de su dominación.

Hacia mucho tiempo que se venían presentando proyectos de ferro-carriles á los mandarines, á los ministros y hasta al emperador. Lo difícil era empezar. ¿Cómo sacar partido de un gobierno que cuando se le hablaba de un telégrafo submarino hace pocos años, contestaba que no se oponía á la inmersión del cable en alta mar, pero que no consentiría nunca en que se uniese al litoral chino? Sin embargo, el telégrafo se estableció. Para el ferro-carril se necesitaba más perseverancia, y por fin, se ha llegado á buen término.

Se comprende que los europeos no querían dotar de este maravilloso medio de locomoción á los chinos sólo por hacer un favor á los hijos del Celeste Imperio. Por industriosos que sean los chinos, no saben todavía laminar los rails ni fabricar locomotoras. Los dueños de forjas y los fabricantes europeos querían abrirse un mercado de inmensa extensión. Discutióse la cuestión bajo este punto de vista en una reunión de ingenieros ingleses y belgas en Lieja, y hasta se habló de construir un pequeño ramal sobre la tierra de las flores y regalárselo al emperador á título de muestra. Este proyecto no fué aprobado.

Más tarde, la casa Jardine, Matheson y compañía, de Lóndres y Shanghai, experimentó la necesidad de establecer á su costa una vía entre Shanghai y Woosung, en una extensión de 16 kilómetros. Comprados los terrenos, se entendieron con otros negociantes para los gastos de los rails y las locomotoras. Era prudente empezar en las condiciones más modestas, porque no se sabía cómo tomarían la cosa las autoridades imperiales. No debía haber más que una vía, por supuesto de 76 centímetros de ancha, con rails del modelo Wignoles, que pesan á razón 15 kilogramos el metro. El gasto llegaba, á pesar de todo, á 750.000 francos. Los constructores ingleses Ransomes y Rapier ofrecieron una pequeña locomotora que podía recorrer, en una línea de esta clase, 24 kilómetros por hora. En el mes de Enero último llegó con sus obreros y sus provisiones el empresario, y en Julio ha quedado terminada la mitad de la línea, ó sea desde Shanghai á Kaugwan; la otra mitad, desde Kaugwan á Woosung, estará concluida dentro de poco.

La inauguración del expresado trozo ha sido un verdadero acontecimiento. Había una multitud inmensa; para seducir mejor á los concurrentes, los propietarios de la línea transportaron gratis á todos los chinos que quisieron subir en los wagones. Muchos se aprovecharon del permiso. El servicio re-

gular ha quedado abierto con doce trenes diarios, seis ascendentes y seis descendentes, que siempre van llenos de viajeros, ofreciendo grandes productos.

Debe esperarse que, por fin, se haya roto el encanto, gracias á este pequeño ensayo, y que los *celestiales*, mandarines ó simples chinos, no tendrán ya miedo á la locomotora. Hé aquí un gran porvenir que se abre para los ingenieros y constructores de todas clases. Hay lugar en China para millares de millares de kilómetros de vía férrea, con clientela y tráfico asegurado de antemano. Esperamos que pronto oigamos hablar de un Norte, de un Mediodía y hasta de un gran central chino; y quién sabe si la famosa línea transasiática de que tanto se ha hablado en Francia, en Alemania, y sobre todo en Rusia, llegará á ser fácilmente una realidad cuando los habitantes del Celeste Imperio estén dispuestos á hacer la mitad del camino. Entónces se irá de Paris á Pekin en doce días, lo cual será verdaderamente agradable á los viajeros.

E. BLERZY.

(*La Nature.*)

DAVY.

Todo el que haya visitado la populosísima ciudad de las orillas del Támesis, que constituye la capital de la Gran Bretaña, donde el incesante ruido de las máquinas forma un eterno himno á la industria y al trabajo, no puede ménos de haber examinado la célebre abadía de Weminster. Es una verdadera joya que forma uno de los mejores edificios góticos de Europa, y es una de las 125 iglesias parroquiales de Londres; pero con la particularidad de ser al propio tiempo el panteon donde descansan los preciosos restos de las celebridades de Inglaterra, de aquellos restos que cuando estuvieron animados por el soplo de la vida dieron á su nacion tantos dias de gloria y tanto contribuyeron á inmortalizarla. Allí se observa el sitio denominado ríacon de los poetas, donde en torno de la estatua de Shakspeare, que parece estar vertiendo de su pluma la inspiracion que dió vida á Romeo y Julieta, están los sepulcros de Sheridan y Milton, de Thompson, de Garrik y tantos otros de gran importancia. A poca distancia de este sitio descansa Pitt, el gran economista, y se halla la estatua de Wat en actitud de estudiar el movimiento del vapor. No léjos se encuentra la capilla de San Juan Evangelista, San Andrés y San Miguel, donde existe una lápida conmemorativa de un químico eminente, de sir Humphry Davy. ¿Qué razones hay para honrar la memoria de este ciudadano, colocándole entre los más ilustres de su patria? Va-

mos á examinarlas, recorriendo, aunque á la ligera, lo más importante de su vida.

El año 1778 y el dia 17 de Diciembre nació Humphry Davy en Penzance, pequeña ciudad del condado de Cornouailles. Su familia era pobre y su padre vivía con estrechez suma á expensas de su oficio de tallista en madera. Siendo muy jóven todavía Davy, trasladóse con sus padres á Varfell, sitio pintoresco á orillas del mar, cercado de monumentos, con vegetacion vigorosa, claro y sereno cielo, todo lo cual contribuyó á inspirarle aficion á la poesia, que cultivó algun tiempo, á pesar de lo diametralmente opuesto de la índole de los estudios á que despues se dedicó y donde tanto habia de brillar.

A los diez y seis años perdió á su padre, y la miseria á que se vió reducida su infeliz madre le obligó á poner primero una humildísima tienda de mercería, y más tarde una modesta posada, donde se albergaban los viajeros que iban atraídos por la dulzura del clima y los encantos del país. Poco despues ingresó como practicante al servicio de un cirujano, Bingham Borlase, que también preparaba algunos medicamentos, consecuencia de lo cual fué el aficionarse Davy á los estudios químicos.

A partir de esta época, que fué el mes de Febrero de 1795, comienza el diario de su vida, que tuvo la curiosidad de formar, consignando en cada una de sus páginas los pensamientos y los actos más importantes de su existencia, sin olvidar aquellos por los que tenia que reprenderse. El principal motivo de su aficion á la química fué el haber leído unos elementos de esta ciencia escritos por Lavoisier, traducidos al inglés, que compró Gregorio Wat, el cual estuvo alojado accidentalmente algunos dias en casa de la madre de Davy.

Leyó, en efecto, con avidez suma el libro de Lavoisier, y no tardó en comprender su importancia, entablado discusiones luminosas con Wat, que le abrieron nuevos horizontes, y se dedicó exclusivamente desde entónces á la química. El jóven Davy empezó por fabricar los primeros aparatos, toscos en su origen, como es natural, porque se valia de tubos inútiles de barómetro y otros objetos deteriorados, que un tratante en estos instrumentos le vendió; pero consiguió que funcionasen los aparatos y llegó á alcanzar inmensos resultados.

Dirigiéronse sus investigaciones primeras á determinar la especie de aire que contienen las vesículas de algunas algas marinas, como los *fucus siliculosus* y *squarosus*, demostrando que las plantas marinas actúan en el aire como las terrestres, descomponiendo bajo la influencia de la luz el ácido carbónico para fijar el carbono y desprender el oxígeno.

Por entónces el doctor Beddoes, antiguo catedrá-

tico de química en la Universidad de Oxford, fundó en Clifton, cerca de Bristol, un establecimiento, que con el nombre de Instituto neumático, tenía por objeto estudiar la acción que los gases nuevamente descubiertos ejercían sobre el organismo. Separóse Davy completamente de Bingham Borlase y se agregó al Instituto neumático de Beddoes, donde comenzó sus trabajos sobre los gases, principalmente sobre el óxido nitroso, ó sea el protóxido de ázoe. Confundido ántes con el exígeno, se había fundado la teoría de que era el principio inmediato del contagio y que producía los más desastrosos efectos respirado en corta cantidad ó aplicado sobre la piel.

Con objeto de comprobar esta teoría del contagio, es por lo que Davy eligió para sus estudios el referido gas, y los primeros experimentos que practicó fueron con el gas impuro mezclado con aire, por cuyo motivo no consiguió resultados de importancia. En 1799 se propuso respirar el mismo Davy el protóxido de ázoe puro, sin tener en cuenta para nada el peligro que pudiera correr, caso de ser cierta la teoría que imperaba entonces. En efecto, el gas pasó por todas las ramificaciones bronquiales, sin producir molestia ni sensación alguna desagradable.

Repitió el experimento diferentes veces, y á los cuatro días respiró el gas por espacio de media hora, habiendo experimentado una especie de vértigo seguido de una sensación de bienestar. Al día siguiente volvió á respirar el gas por más tiempo y experimentó una suave compresión de los músculos, acompañada de agradable impresión. Todos los objetos parecían oscilar en derredor suyo y el oído se hizo más sensible. Las últimas inspiraciones dieron por resultado aumentar estas sensaciones y terminaron por una irresistible tendencia al movimiento. Dice que no recuerda sino muy vagamente lo que después le sucedió, pero que le dijeron que concluyó por una serie de movimientos desordenados.

Continuó Davy sus trabajos experimentales acerca del mismo gas, que después ha recibido el nombre de *gas de la alegría*, debido á su acción fisiológica, denominación que juzgamos impropia, pues según hemos tenido ocasión de experimentar, se halla muy distante de producir esa sensación en el mayor número de casos.

El último experimento de esta índole lo hizo en presencia del doctor Kinglake el día 26 de Diciembre de 1799, y refiere Davy que perdió toda relación con el mundo exterior, pasando por su mente miles de seres de extrañas formas, imaginando nuevas teorías y descubrimientos, y cuando Mr. Kinglake le hizo salir de su delirio, experimentó indignación y mal humor. Por espacio de un minuto se paseó

por el cuarto permaneciendo indiferente á cuanto le rodeaba. Después de estos trabajos se hizo popular el nombre de Davy, y fué moda el respirar dicho gas, que, al decir de las gentes, trasportaba al mundo de los ensueños. No se limitó el infatigable investigador á sus trabajos sobre el óxido nitroso, sino que también hizo experimentos con el hidrógeno, gas del alumbrado, ácido carbónico y oxígeno.

La respiración del hidrógeno en un principio no le producía efecto sensible; pero al cabo de pocos minutos observó la dificultad de respirar. En cuanto al gas del alumbrado, aparecieron en un principio los músculos pectorales en una especie de parálisis, y después perdió la facultad de percibir los objetos del mundo exterior con una fuerte sensación de opresión.

Una mezcla de tres partes de ácido carbónico y una parte de aire, le produjo vértigo y soñolencia. Todos estos trabajos contribuyeron á darle nombre y á que en 1801 ocupase una cátedra de química en el Instituto Real de Londres, donde si bien es cierto que al principio por su aspecto juvenil y sus maneras no muy elegantes fué mal recibido, pronto le abrieron paso la profundidad de sus conocimientos, su fácil palabra, la claridad con que exponía las más intrincadas teorías, en términos que el auditorio aumentó de día en día, teniendo que trasladar la cátedra á local más amplio, y llegó muy pronto á ser universalmente estimado por toda la sociedad ilustrada de la capital de Inglaterra.

El año 1813 abandonó Londres por dos principales motivos: uno de ellos la falta de salud, y otro el deseo de viajar, por lo cual hacía tiempo que experimentaba grandísima impaciencia. Partió, pues, acompañado de su esposa y de su secretario y preparador Faraday, joven á la sazón de diez y nueve años, que también ha sido otra de las glorias científicas. Detúvose seis meses en París, donde conoció personalmente á Berthollet, Laplace, Cuvier, Vauquelin, el barón de Humboldt y Gay Lussac. A fines de Diciembre de aquel año abandonó París, y al pasar por Fontainebleau visitó el palacio donde pocos meses después, Napoleón el Grande, aquel que cambiara el mapa de Europa, había de abdicar. Allí admiró la belleza del bosque sobre que se extiende el sudario del invierno, inspirándole una composición poética la vista de aquellas grandes extensiones donde el hielo brilla al contacto de los rayos del sol, cuya luz se descompone á través de los limpios fragmentos del agua congelada.

Visitó después el químico-poeta los volcanes apagados de la Auvernia, el Mont-Blanc, entró en Italia por Niza, Florencia, Roma, Nápoles, la Lombardia y Suiza. En Milan visitó á Volta, franqueó los Alpes y volvió después por el Tirol á Italia, con

objeto de pasar en este país el invierno para volver á Londres en la primavera de 1815.

Durante este viaje hizo muy notables trabajos acerca de los colores que se empleaban en la pintura antigua y acerca de los medios para facilitar la lectura de los manuscritos de Herculano. Poco tiempo despues de su regreso, inventó la lámpara de seguridad de mineros que lleva su nombre y que tanto ha contribuido á evitar las inmensas catástrofes que en las minas de carbon de piedra tenían lugar á consecuencia del espontáneo desprendimiento del gas llamado hidrógeno protocarbonado que en contacto con el aire forma mezcla detonante, de suerte que en el momento de penetrar inadvertidamente con una luz en aquellas galerías, se producía una explosion que daba por resultado el hundimiento de gran parte de la mina, dejando sepultados á los infelices que en aquel sitio se encontraban. La lámpara de Davy evita estos accidentes, pues se halla recubierta la luz de una tela metálica que impide la propagacion del calor fuera del estrecho recinto en que el cuerpo en combustion se halla encerrado por la referida tela.

Rehusó el privilegio de invencion que desde luégo le pertenecía, dándose por suficientemente recompensado con proporcionar tan gran servicio á la humanidad. Segunda vez salió Davy de su país natal el 26 de Mayo de 1818; atravesó la Alemania, pasó por Viena, de donde fué á Nápoles, y despues comenzó sus operaciones de investigacion sobre los manuscritos de Herculano, donde, como ya hemos dicho, descifró sus enigmas, prestando un señalado servicio á la paleografía.

La Sociedad Real de Londres le honró con su presidencia, cuyo cargo tuvo que dimitir despues en atencion á su mal estado de salud.

El verano de 1828 iba desgraciadamente aumentando su enfermedad, en términos que nada influyó favorablemente, como esperaban sus amigos, su permanencia en Roma y en Florencia, y en estas peregrinaciones fué cuando compuso los *Ultimos días de un filósofo*, que con tanta oportunidad llamó Cuvier la obra del Platon moribundo. No bien hubo llegado á Ginebra, cuando exhaló el último suspiro en los amantes brazos de su hermano. Su sepulcro está en aquel cementerio al lado del de Pictel: en la abadía de Weminster ya hemos dicho que hay una lápida que recuerda la existencia del eminente químico.

Los trabajos de Davy merecen un libro, mucho más que las ligeras consideraciones que pueden hacerse dentro de los límites estrechos de un artículo. Desde el año 1800 dirigiéronse sus investigaciones á la accion de la electricidad sobre los cuerpos, en cuya especialidad practicó notabilísimas experiencias. Comenzó por desvanecer el error de

que en la descomposicion del agua por la electricidad se producía, además de los gases oxígeno é hidrógeno, un residuo formado por un ácido ó una base.

Las dudas que el gran Lavoisier suscitase acerca de la simplicidad de los álcalis fijos (potasa y sosa) y de las tierras (cal, magnesia y alúmina) llamaron la atencion de Davy para someter estos cuerpos á la electricidad voltáica y llegar á aislar los respectivos metales que constituyen estos óxidos, en términos que puede ser un medio de preparacion de los mismos, aunque muy en pequeña escala.

El descubrimiento del potasio y del sodio hizo desde luégo pensar en descomponer del mismo modo las tierras alcalinas (cal, barita, estronciana y magnesia). Las primeras tentativas apenas dieron resultado; pero modificando los experimentos con arreglo á algunas indicaciones de Berzelius y Pontin, pudo conseguir la obtencion de algunos metales, habiendo llegado á descubrir el bario, estroncio, magnesio y calcio y obtenido pequenísimas cantidades de los mismos, pero ya suficientes para poder apreciar el brillo metálico y la pesantez, así como su gran tendencia á combinarse con el oxígeno, cuyos caracteres han sido bastantes para poder distinguir y clasificar estos metales.

Así llegaron á cumplirse las predicciones de Lavoisier, que había manifestado la no simplicidad de los cuerpos llamados álcalis fijos y tierras alcalinas. No se dió, sin embargo, Davy por satisfecho con el descubrimiento de los nuevos metales, sino que hizo de cada uno de ellos un detenido estudio, demostrando que el metal potasio era el más electro-positivo de todos, y el metaloide oxígeno el más electro-negativo, cuya apreciacion fué muy fecunda en resultados, en términos que á estos conocimientos es debido el haber descubierto muchos otros cuerpos simples que hoy enriquecen el catálogo de la química.

De la electricidad hizo tambien otras aplicaciones importantes, entre las que debe citarse la que tiene por objeto poner á cubierto el cobre con que están forrados los buques de la incesante destructora accion del agua del mar.

Sus sorprendentes descubrimientos causaron sensacion profunda en el mundo científico; el Instituto de Francia propuso á Napoleon I se adjudicase á Davy el premio ofrecido á quien hiciera más útil aplicacion de la electricidad galvánica, y el Capitan del siglo no tuvo inconveniente en acceder á la propuesta, á pesar de recaer en un hijo de nacion enemiga y rival.

En 1801 publicó en las *Transacciones filosóficas* sus descubrimientos, y aparecieron tambien algunos trabajos originales de Davy en varios periódicos franceses. Tambien escribió unas *Investigaciones*

químicas y filosóficas referentes al óxido nítrico y su respiración, que del inglés fueron traducidas al alemán. En 1812 publicó unos *Elementos de filosofía química*, que se tradujeron al francés y al alemán, y poco después una obra de *Química agrícola*.

Todas sus obras fueron reunidas después de su muerte por su hermano Juan en nueve tomos. A esos volúmenes puede acudir para consultar con fruto cuanto brotó del preclaro talento de un gran hombre. Allí está el verdadero testamento de su genio y la patente de su inmortalidad.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

UN DRAMA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉJICO.

(Conclusión.)

IV.

DE TASCO Á CUERNAVACA.

El teniente fué el primero en despertarse.

—¡José, en marcha!...—exclamó moviendo á su compañero.

El gaviero abrió los ojos y extendió los brazos.

—¿Qué camino tomamos?—preguntó Martínez.

—Por mi vida, yo conozco dos, mi teniente.

—¿Y cuáles son?

—El uno es pasando por Zacualican, Tenancingo y Toluca: desde Toluca á Méjico la ruta es bellísima; pero hay necesidad de escalar la Sierra Madre, que es gigantesca y de difícil acceso.

—¿Y el otro?

—El otro nos aparta un poco hácia el Este; pero en cambio nos acerca á las hermosas montañas de Popocatepetl y de Ictacihuatl: este es el camino más seguro, pues es el ménos frecuentado; desde los altos picos que por él se atraviesan se toca con la mano á Méjico. Es un bello paseo de unas quince leguas, sobre una pendiente inclinada y siempre descendente.

—Vamos, pues, por el camino más largo. ¡Ea, en marcha!... Pero, dime, ¿esta noche dónde dormiremos?

—Andando doce nudos,—dijo José, recordando siempre el lenguaje náutico,—podemos llegar á Cuernavaca y descansar allí.

Ambos españoles se dirigieron á la cuadra, hicieron ensillar los caballos y rellenaron sus mochilas de galletas de maíz, granadas y viandas secas; pues José sabía perfectamente que corrían riesgo, al atravesar las montañas, de no encontrar en ellas el alimento indispensable para tomar un bocado. Satisfechó el gasto que hicieron en la posada, hin-

caron las espuelas á sus caballos y emprendieron nuevamente la marcha, dirigiéndose hácia la derecha de la ciudad.

Por primera vez en su larga correría, vieron encinas, árbol de buen agüero, debajo de cuyas copas se detienen las emanaciones malsanas de las mesetas inferiores.

En aquellas vastas llanuras, templadas de continuo por una dulce temperatura, y situadas á 1.500 metros sobre el nivel del mar, las producciones importadas en tiempo de la conquista se confunden con la rica vegetación mejicana.

Hermosos campos de trigo, que crecen con extraordinaria facilidad, embellecen aquel verdadero oasis, así como todos los cereales que se cultivan en Europa.

Árboles de Asia y España entrelazaban sus frondosas ramas formando pintorescas grutas, al paso que las brillantes flores de Oriente esmaltan las alfombras de verdura, mezcladas con las violetas, las coronillas, la verbena y las margaritas de las zonas templadas.

Los viajeros iban subiendo sin cesar por la meseta del Anahuac, trasponiendo las inmensas barreras que ciñen por todas partes las vastas llanuras de Méjico.

—¡Ah!—exclamó José de improviso,—hé ahí el primero de los tres torrentes que hemos de atravesar ántes de concluir nuestro viaje.

En efecto, el cauce del río era muy profundo y presentaba un verdadero abismo, cuya profundidad producía el vértigo, bajo los piés de ambos viajeros.

—En mi último viaje,—añadió el locuaz gaviero,—este torrente estaba completamente seco; pero aunque ahora trae abundantes aguas, no por eso ha de atajarnos el paso: sigame usted, mi teniente.

Dijo, y bajando seguido de Martínez por una pendiente bastante suave practicada en la misma roca, no tardaron en llegar á un vado practicable que les condujo á la otra orilla.

—Ya tenemos uno,—dijo José.

—Y dime, ¿los otros son tan fáciles de atravesar como éste?—preguntó el teniente.

—Lo mismo: cuando la estación de las lluvias engruesa estos torrentes, van á desembocar en el pequeño río de Ixtoluca, que no tardaremos en encontrar entre las grandes montañas, que hemos de trasponer todavía.

—¿Y en esas soledades que vamos á cruzar tendremos que temer algún peligro?

—Nada: á no ser el puñal de algún mejicano.

—Y dime, ¿sabes tú qué castas de indios pueblan estas salvajes montañas?

—¿Y quién es capaz de conocer todos los pueblos que ocupan el inmenso territorio mejicano? Todos

* Véase el número 133, pág. 340.

los países del mundo se han dado cita, hace muchos años, para venir á disfrutar los productos de este Eldorado. Su sed de oro los ha reunido aquí, y si no, reparad en ese cruzamiento de razas que yo he procurado estudiar escrupulosamente para ajustar en su día un casamiento ventajoso que me haga rico. Aquí se encuentran mestizas hijas de español y de india; castizas, de una mestiza y de un español; mulatas, fruto de un español y de una negra; moniscas, de una mulata y de un español; albinas, de una monisca y de un español; tornatras, de un albino y de una española; tinticlaras, de un tornatras y de una española; lovas, de una india y de un negro; caribujos, de una negra y de un lovo; barsinos, de un coyote y de una mulata; grifos, de una negra y de un lovo; albarazados, de un coyote y de una india; chanisos, de una mestiza y de un indio; menchinos, de una lova y de un coyote; y esto sin contar, mi teniente, esas bellas goletas, que más de un filibustero aborda, sin escrúpulo, de través.

José decía la verdad, pues la pureza de razas es muy problemática en aquella region, lo cual hace que sean allí más difíciles y de dudoso resultado los estudios antropológicos.

Pero á pesar de la sábia disertación del gaviero, Martínez, cada vez más preocupado, recaía de continuo en su melancolía primitiva, y se apartaba todo lo posible de su alegre compañero, cuya presencia parecía contrariarle.

Pronto llegaron ambos viajeros á los otros dos torrentes que cortaban su camino; pero el teniente quedó desconsolado á la vista de sus lechos completamente secos, pues hacía rato que había pensado en apagar en ellos la sed de sus caballos, que apenas podían respirar ya.

—Aquí nos encontramos como si estuviésemos en una calma chicha, sin víveres y sin agua,—dijo José, siempre jovial;—pero no hay que desalentarse, mi teniente: ¿ve usted ese árbol que cualquiera confundiría con una encina ó con un olmo? Pues es el ahuehuatl, el cual reemplaza aquí perfectamente el ramo con que se decoran las tabernas de nuestro país, pues á su sombra se encuentra siempre una fuente en donde echar un trago, que, aunque sea de agua, no importa, pues ¡por mi vida! bien puede decirse que el agua es el vino del desierto.

Diciendo así, el gaviero y Martínez dieron la vuelta al árbol; pero en vano buscaron la fuente prometida; y sin embargo, José tenía razón.

—Es muy singular,—dijo avanzando hácia aquel árbol tan precioso para el viajero.

Y al examinarle de cerca, un juramento terrible se escapó de sus labios.

El árbol había sido cortado por la raíz, y arrastrado muy lejos del terreno en que había crecido junto á una fuente de agua viva: no había, pues, nin-

guna duda de que había sido recientemente trasplantado á aquel lugar.

—¿No es esto muy extraordinario?...—dijo Martínez, al enterarse de aquella circunstancia.

Y palideciendo de terror, clavó la espuela á su caballo, y añadió con voz entrecortada:

—¡Marchemos, marchemos!...

Ambos viajeros prosiguieron su camino, sin cruzar una sola palabra, hasta llegar á la barriada de Cacahuimilchan.

Allí descansaron un momento, aligerando sus mochilas en que llevaban algunas provisiones, y montando de nuevo á caballo, se dirigieron hácia Cuernavaca, internándose por la parte del Este.

Desde aquel punto empieza el país á ofrecer un aspecto diferente; rocas escarpadas dificultan el paso por todas partes, haciendo adivinar los gigantes picos cuyas cimas coronan las nubes que suben desde el gran Océano.

A la vuelta de una enorme roca, apareció ante los ojos de los dos viajeros el fuerte de Cochicalcho, construido por los antiguos mejicanos, y cuya meseta tiene 9.000 metros cuadrados.

Desde allí se dirigieron hácia el inmenso cono que sirve de base al fuerte, y que está formado de rocas movedizas que parecen amenazar ruina: despues de haber caminado un corto trecho en aquella dirección, echaron pié á tierra, y atando sus caballos á un olmo, empezaron á subir por aquella pirámide natural, agarrándose á las asperezas del terreno para verificar su ascension: una vez en la cumbre, tendieron su mirada por el inmenso paisaje que tenían delante, para orientarse de la ruta que habían de seguir.

La noche empezaba á cerrar, envolviendo la tierra en una espesa niebla que daba á los objetos contornos indecisos haciéndoles tomar formas fantásticas.

El antiguo fuerte, que elevaba sus muros entre ruinas, podía compararse á un inmenso bisonte acurrucado en la llanura con la cabeza levantada é inmóvil.

La inquieta mirada del teniente Martínez creía divisar sombras fantásticas y fatídicas agitándose sobre el cuerpo del monstruoso animal, cuya silueta agrandaba al paso que se aproximaban á él. Sin embargo, guardaba un profundo silencio, no queriendo dar lugar, si revelaba su observación, á los sarcasmos del incrédulo José.

De improviso, un enorme pájaro nocturno lanzó un lúgubre graznido, y tendiendo las gigantescas alas, levantó el vuelo pausadamente.

El teniente Martínez se paró de improviso, quedando separado de su compañero que caminaba hácia delante. Un enorme peñasco vacilaba visiblemente sobre su base á 30 piés sobre ellos. De repente se desgaja de su centro, y destrozando cuanto

halla al paso, con el ruido y la velocidad del rayo, va á sepultarse en el abismo haciendo estremecer la montaña.

—¡María Santísima!... ¡Eh, mi teniente!...—gritó el gaviero.

—¡José!...—repuso Martínez.

—¡Por aquí!...

Los dos españoles se reunieron al fin.

—¡Qué avalancha!... ¡habeis visto?... bajemos, bajemos de aquí,—dijo José.

Martínez le siguió sin replicar una sola palabra, y ambos descendieron con rapidez á la meseta inferior.

Un ancho surco de devastacion indicaba por donde había pasado la desprendida roca.

—¡Virgen del Cármen!—exclamó José con angustia:—nuestros caballos han sido aplastados, muertos y arrastrados por el peñasco.

—¡Dios mío!...—murmuró Martínez, palideciendo y sobrecogido de terror.

—Mire usted, mire usted,—añadió el gaviero;—el árbol á que los habíamos atado acaba de desaparecer juntamente con ellos. ¡Por San Jaime, si llegamos á permanecer aquí abajo, nos divertimos!...

El teniente Martínez sintió un estremecimiento terrible: un terror supersticioso se apoderó de su alma.

Ambos viajeros escalaron de nuevo el camino de la montaña, sin cruzar entre sí una sola palabra, y por fin llegaron á Cuernavaca á la media noche, pero les fué imposible encontrar caballos á aquella hora avanzada.

Al despuntar el día siguiente continuaron su camino, teniendo que ir á pié, y dirigiendo sus pasos hácia el monte Popocatepetl, pronto se internaron en sus fragosidades.

V.

DE CUERNAVACA Á POPOCATEPETL.

La temperatura era fria; la vegetacion casi nula. Aquellas alturas inaccesibles corresponden á las zonas heladas, llamadas en el país tierras frias.

Ya se veía el alto abeto, morador solitario de las regiones brumosas, alargar sus áridas ramas hácia las últimas encinas que crecen en aquellas gigantes elevaciones.

Los arroyos se presentaban ya con ménos frecuencia, y se hacían más raros al paso que se avanzaba por aquellos terrenos, compuestos, en su mayor parte, de partículas volcánicas y de porosas amigdaloides.

Después de seis largas horas de marcha, avanzaban ya los españoles con gran dificultad,teniéndose que agarrar á las grietas de la montaña y desgarrándose las manos en los pedernales que les servían de asidero en aquella ágría cuesta.

Al fin, el cansancio y la irresolucion que se iba apoderando de sus almas les obligaron á sentarse y á tomar algun descanso.

José preparó las provisiones que llevaba consigo para tomar un bocado, y no pudiendo permanecer más tiempo callado, exclamó mientras comía:

—Diabólico pensamiento fué no tomar el camino ordinario.

Pero Martínez no contestó ni una sola palabra, obligando por este medio al gaviero á guardar nuevamente silencio.

Tras un breve momento de reposo emprendieron otra vez su camino. José esperaba encontrar en Aracopistla, pequeña poblacion escondida y casi perdida entre aquellas fragosísimas montañas, algun medio de transporte para terminar su viaje; pero, ¡cuál fué su desesperacion al hallar allí la misma carencia de cabalgaduras, de comestibles y de hospitalidad que en Cuernavaca!

Sin embargo, era preciso llegar al término de su expedicion.

En aquel punto se elevaba ante sus ojos el inmenso cono del Popocatepetl, y la mirada se perdía en las nubes al querer descubrir la última cima de la montaña.

El camino se presentaba más áspero cada vez y más árido, de suerte que su aspecto era desconsolador. Por todas partes se veían precipicios insondables, y los estrechos senderos, que subían en espiral vertiginosa, parecían vacilar bajos los piés del viajero temerario que se atrevía á hollarlos.

Para encontrar el camino, era necesario recorrer gran parte de aquella montaña de cinco mil cuatrocientos metros de altura, llamada por los indios la Roca humeante, y que conserva todavía señales de recientes erupciones volcánicas. Negras grietas hendían los flancos de la montaña; terribles destrozos entreabrian la superficie del suelo, compuesto de lava y de betun, producto de los volcanes que el sol secaba, y que se desprendían de la peña viva á que habían permanecido adheridos anteriormente.

Desde la última vez que el gaviero José había pasado por aquellos lugares, nuevos cataclismos habían removido y descompuesto su movedizo suelo; así es que se perdía en medio de senderos impracticables que le eran enteramente desconocidos; y tanto, que de vez en cuando tenia que detenerse para prestar oido, pues á través de las hendiduras de la montaña resonaban sordos murmullos por distintos lados que le desorientaban completamente.

El sol declinaba rápidamente, y densas nubes fijas en el firmamento parecían el reflejo de las inmensas rocas que sembraban el suelo.

La lluvia amenazaba caer, y se sentía próxima la

tormenta, en aquellas regiones en que la elevacion del terreno acelera la evaporacion del agua.

Ya hacia tiempo que habia desaparecido por completo toda especie de vegetacion, viéndose sólo aquí y allá algunos abetos temblorosos entre aquellas rocas, cuyas cimas se pierden entre nieves eternas.

—Yo ya no puedo más,—dijo de improviso José, dejándose caer al suelo, abrumado por la fatiga.

—Sigamos, sigamos, sin detenernos,—repuso Martinez, con febril impaciencia.

Algunos truenos sordos empezaron á retumbar en las quebradas del monte Popocatepetl.

—Que el diablo me confunda,—exclamó el gaviero,—si sé por dónde ando entre estos extraviados senderos.

—Levántate y marchemos,—dijo Martinez con imperioso acento.

Y cogiendo á José por un brazo, le obligó á emprender nuevamente la interrumpida marcha, que siguieron cayendo y levantando á cada dos pasos.

—¿Y será posible que no hallemos un sér humano que nos guíe?—pregunto el locuaz marinero, que ni aún en medio de su abatimiento perdía la gana de hablar.

—Mejor que mejor,—dijo el teniente con acento lúgubre.

—Segun eso, ¿no sabeis que cada año se cometen miles de asesinatos en Méjico y que no hay la menor seguridad en sus alrededores?

—En ese caso, mejor todavía,—repuso Martinez, cuya frente se iba nublando más á cada paso que daba.

Gruesas gotas de agua caían ya y brillaban por todas partes resbalando por las peladas rocas, en las cuales reflejaban con tintas sangrientas los últimos rayos del sol poniente.

—Después de atravesar los últimos picos de las malditas montañas que nos rodean por todas partes, ¿qué es lo que veremos?—preguntó el teniente á su compañero.

—Veremos, á la derecha á Méjico y á la izquierda á Puebla; pero probablemente ya no veremos nada, pues la noche se nos echa encima y ya va siendo bastante oscuro. A nuestro frente se hallará el monte Ictacihuatl y en la hondonada el buen camino; pero ¡el diablo me lleve si podemos llegar á él!...

—Marchemos, pues, marchemos sin perder un instante.

José tenía razén, la vasta meseta en que se halla situada la ciudad de Méjico está encerrada en un inconmensurable círculo de montañas; es una hoya inmensa de 18 leguas de largo por 12 de ancho y 67 de circunferencia, rodeada de montes gigantes, entre los que se cuentan el Popocatepetl y el Ictacihuatl, por el lado del Sudoeste.

Una vez llegados á las cimas de aquellas barreras, que vistas de léjos parecen inaccesibles, los viajeros bajan ya sin la menor dificultad á la planicie de Anahuac, desde donde se prolonga hácia el Norte el camino, que es ya hermoso y llega hasta Méjico.

A la par de largas alamedas de olmos y álamos blancos, se admiran allí los centenarios cipreses plantados por los reyes de la dinastía Azteca, y los verdes espuinos, parecidos á los sauces llorones de Occidente. Por todas partes se ven campos perfectamente cultivados, y floridos jardines que embalsaman el ambiente y que ostentan ricas cosechas y maravillosos frutos; al paso que los manzanos, granados y cerezos, vegetan á su albedrío bajo aquel cielo de azul lápiz lázuli, siempre terso y brillante, que sólo se admira en las altas regiones en donde el aire se halla seco y enrarecido.

Pero para llegar á aquel hermoso sitio, ¡cuántas fatigas hay que sufrir, cuántos peligros hay que arrostrar!...

Los estampidos del trueno y los fulgores del relámpago se repetían con más frecuencia á cada momento que trascurría, y adquirían mayor fuerza.

La lluvia y el viento calmaban á intervalos en la montaña, y hacían más perceptible el rumor con que los ecos repetían los estampidos de la tormenta.

José juraba y maldecía á cada paso que daba. Martinez, pálido y silencioso, fijaba de continuo una mirada salvaje y sombría sobre su cómplice, que se levantaba delante de él como una acusacion viviente.

De vez en cuando un relámpago iluminaba el espacio, disipando momentáneamente la oscuridad, que volvía después á ser más densa. Los viajeros se encontraban al borde de un abismo insondable.

Martinez, sin tener conciencia de lo que hacia, se dirigió rápidamente hácia José; le puso la mano sobre el hombro, y después de haber oido los últimos estampidos del trueno, le dijo con voz temblorosa:

—José, tengo miedo.

—¿Miedo!... ¿Miedo á la tempestad?

—No: tengo miedo á mis remordimientos... No temo la tempestad del cielo; temo, sí, la horrible tormenta que se desencadena en mi alma.

—Aquella traicion le vuelve á usted loco.

—No es la traicion.

—Será, pues, el recuerdo de D. Luis; y á la verdad me hace usted reir,—dijo José, que no obstante sus palabras, no se reía, pues el teniente Martinez tenía la mirada vaga y el cabello erizado, lo cual le daba un aspecto horroroso.

Un trueno formidable retumbó de improviso, y su estampido hizo que los dos traidores se doblasen

como si hubiesen sido heridos por el rayo, hasta tocar el suelo con la frente, separándose algunos pasos el uno del otro.

—¡Calla, calla por Dios, José!—exclamó el teniente en tono suplicante.

—Buena noche ha escogido usted para venir á sermonearme,—repuso el gaviero con enojo;—si tiene usted miedo, tápese los oídos y cierre los ojos.

—Me parece,—prosiguió Martínez,—que estoy viendo á aquel desgraciado con la cabeza rota y ensangrentada... Es singular... ¡Dios mio, ahí está, ahí está!...

En efecto, una sombra negra se había levantado á unos veinte piés de donde se hallaban ambos cómplices: la fugaz claridad de un relámpago la iluminó un momento, y José, pálido, tembloroso y agitado, corrió hácia Martínez.

—¿Qué te pasa?...—gritó éste.

Otro relámpago tan claro como la luz del sol los envolvió á entrambos.

José vió un brazo levantado sobre su cabeza, y un puñal en la mano de aquel brazo.

—¡Socorro!... ¡a mí!...

—Muere, infame.

En aquel lugar sólo quedaba un cadáver. Martínez huyó rápidamente, pálido y ensangrentado como Cain.

Un momento despues, dos hombres se aproximaron al cuerpo exánime del gaviero.

—Bien muerto está,—dijo el uno.

—Y de un solo golpe,—repuso el otro.

—En marcha.

—¡En marcha!...

Martínez iba entre tanto errante como un loco por aquella vasta y fragosa soledad. Los cárdenos relámpagos, que daban á su semblante mayor palidez, parecían abrasarle con un fuego infernal.

—Ya estoy en el infierno, ya estoy entre sus llamas,—gritaba con desesperacion, sin dejar de correr, con la cabeza desnuda y el cabello erizado, á través de la lluvia que, aunque caía á torrentes, no podía apagar el ardor de su abrasado cráneo.

—¡Socorro! ¡socorro!...—gritaba con voz semejante á un rugido, corriendo jadeante y sofocado por el borde resbaladizo de profundas simas.

Parecía que los pinos se doblaban hácia él para ahogarle entre sus fantásticos brazos; las rocas tomaban la figura de monstruos agachados en la sombra para devorarle cuando pasase junto á ellos; los precipicios se inflamaban como si fuesen calderas de lava encendida; los relámpagos vomitaban el fuego vengador del infierno, cerrándole el paso.

Aquel miserable, entre tanto, corría con desesperacion, huyendo de sí mismo, avanzando sin cesar y descendiendo siempre.

Ora escalaba, con una agilidad inconcebible, la

tenebrosa cima de un peñasco; ora rodaba por un derrumbadero, destrozándose el cuerpo contra los cantos de la roca.

De vez en cuando creía oír un eco profundo. Miraba en torno suyo con terror, y la montaña parecía agitarse.

De improviso oyó bajo sus piés, pues no podía verle á causa de la oscuridad, el fatídico murmullo de un torrente, y al doblar el ángulo de una roca, descubrió al fin el espumoso río Ixtolucca que hervía bajo sus plantas, á quinientos piés de profundidad.

Quiso huir; pero las fuerzas le faltaron y cayó al suelo casi exánime.

La tempestad se desató en aquel momento con mayor furia.

La tierra pareció tener envidia del furor del cielo, y respondió á la lluvia torrencial que inundaba el espacio abriendo sus entrañas y arrojando un mar de fuego.

La cima del Popocatepetl se hendió con ruido infernal, vomitando llamas y lanzando á gran distancia abrasadoras rocas.

Rios de lava encendida se extendían por doquier, recorriendo con aterradora rapidez las pendientes de la montaña, disipando las tinieblas con su rojo fulgor y precipitándose en el abismo hasta mezclar sus cascadas de fuego con las cascadas de agua del torrente.

—¡Horror!... ¡misericordia!...—exclamó Martínez volviendo en sí, y tratando de levantarse.

Pero las fuerzas le faltaron de nuevo y quedó de rodillas mirando despavorido en torno suyo.

A algunos pasos del sitio en que se hallaba, y sobre el torrente cuyo rugido oía sin cesar, vió un puente formado con las fibrosas ramas del arbusto llamado por los naturalistas *crecentia pinnata*, y atado por sus extremos á los dos bordes del barranco con cuerdas de agave que había sujetado fuertemente á algunas estacas una mano piadosa; pero aquel frágil puente suspendido sobre un abismo se balanceaba á impulso del viento como un hilo en el espacio.

—Es preciso huir.

Martínez hizo un esfuerzo supremo: se puso en pié, y agarrando con mano convulsiva las lianas que servían de baranda á aquel movable sendero lanzado en el espacio, empezó á recorrerle con planta trémula y estremeciéndose á cada balance que le columpiaba sobre las profundas aguas del torrente que serpenteaba á quinientos piés debajo de él.

De improviso, una sombra que parecía despreciar los horrores de la tormenta se levantó en el borde del torrente hácia el cual se dirigía el aterrado fugitivo. Al verla quiso retroceder sobrecogido de un pánico aterrador, y volvió el paso atrás; pero en la

orilla que acababa de dejar se levantaba otra sombra amenazadora. Entonces cayó de rodillas en el comedio del puente, agarrándose á las ramas de que estaba formado con ambas manos crispadas por la desesperacion.

—¡Martinez!... yo soy Pablo,—gritó una voz que sonó en los oídos del aterrado teniente como la trompeta del juicio final.

—¡Martinez!... yo soy Jacobo,—gritó otra voz bien conocida.

—Mataste, y vas á morir.

—Fuiste traidor y vas á ser castigado.

—¿Ves el torrente que se entreabre para tragarte?

—Mira ahí tu sepultura... El asesinato del noble Ortega de nada te ha servido en vida y será tu condenacion eterna despues de tu muerte...

—Mira allá abajo el infierno, que te aguarda para recibirte entre sus llamas... Ya no irás á Méjico á vender los buques de tu madre España...

El volcan pareció agitar en aquel momento con mayor furia su cabellera de fuego, y la luz de su cráter inundó la montaña tiñendo el cielo de rojos resplandores.

—¡Muere, infame!...—gritaron dos voces á la vez.

Dos golpes secos resonaron simultáneamente dominando el fragor de la tormenta. Los postes que sostenían el puente cayeron divididos por los filos de dos hachas. Un horrible rugido atronó el espacio y fué repetido por los ecos. Martinez, con las manos tendidas y con la desesperacion en el alma, cayó precipitado al abismo.

—¡He vengado á D. Luis!—exclamó Jacobo.

—¡He vengado á D. Luis y á España!—añadió Pablo.

Así nació, á consecuencia de un drama digno del autor de los *Mohicanos*, la marina de guerra de la Confederación mejicana, pues los dos buques españoles quedaron en poder de la nueva República y fueron el núcleo de la pequeña armada que disputó la posesion de Tejas y de California á los barcos gigantes de los Estados-Unidos de América.

JULIO VERNE.

EL HOMBRE CONSIDERADO QUÍMICAMENTE.

No es sólo la química una ciencia cuyos resultados prácticos nos han de producir más ó ménos ventajas en nuestras necesidades positivas, haciendo por sí sola la base del progreso de las artes y de las industrias, de la medicina y demas ciencias de aplicacion práctica.

Hay una rama del saber humano que sin la química no estaría colocada á la altura en que hoy se encuentra: la antropología.

Entre los estudios modernos ocupa un lugar preferente esta ciencia, que moderna es, como la química en que se apoya.

Los estudios antropológicos, en el variado y extenso campo donde se cultivan, venían tropezando con graves dificultades; pero la química estaba llamada á resolver las insuperables cuestiones que constituían la valla que se oponía á su necesario progreso.

Apareció la química moderna, y Lavoisier y Dumas, y Davy y Stall, y Gerard y Laurent, y todos los revolucionarios del *arte divino*, hicieron algo más que dar el carácter de *gran ciencia* á la filosofía experimental de la *alquimia*: sin el rápido y colosal progreso de la química, los conocimientos generales del saber hubieran adelantado bien poco en su perfeccion.

La ciencia general del hombre, la antropología, vió á la química, con esa sencillez que le es propia, evidenciar los hechos en sus natas evoluciones; y las rancias preocupaciones, hijas del fanatismo y de la supersticion, desaparecieron, saliendo de las tenebrosas sombras que las envolvían para brillar con la luminosa aureola de la verdad.

El estudio filosófico del hombre comprende, con relacion á su natural comprension, los atributos de la divinidad; con relacion al conocimiento del sér corpóreo, las leyes generales de la naturaleza respecto á la materia.

En el hombre se ve, por un lado, su comprension sublime, la inmortalidad, el infinito, lo impalpable, lo metafísico; de otro, el discurso en la comparacion; con los demas animales, por las analogías de su constitucion; con las plantas, por su desarrollo involuntario; con los minerales, por la inercia de la materia que los forma.

Y en el estudio filosófico del hombre quedan perfectamente deslindados el campo de lo inmaterial y de lo puramente corpóreo, y los datos que nacen de la experimentacion son perfectos y seguros; circunstancias que labran el escabroso camino que conduce á las verdades sublimes.

El hombre, considerado químicamente, al nacer no es más que la agrupacion organizada de elementos materiales que tienen accion.

La muerte es la disgregacion de esta materia y su metamorfosis en nuevos cuerpos, creados á expensas de los elementos constitutivos de la masa orgánica y formados por afinidades que nacen á la desaparicion de las fuerzas vitales.

Este es un hecho general, y que comprende á todos los seres que tienen vida, á todos los seres organizados, á todos los cuerpos orgánicos.

Con la muerte, el hombre cesa en el armónico juego de la naturaleza, y la materia que le forma

obedece instantáneamente á las leyes generales de las afinidades químicas; cesa el movimiento de la vida, el equilibrio de la organizacion se destruye, y la aparente descomposicion y disipacion del cuerpo orgánico no es más que una máquina del laboratorio de la naturaleza, en donde se forman nuevos cuerpos, destinados á formar y mantener nuevas existencias. La muerte es el nacimiento de muchas vidas: esa aparente destruccion que ocasiona la putrefaccion, es la iniciacion de nuevos séres, que nacen constituidos con los mismos elementos, con los mismos átomos, con los mismos cuerpos de la materia muerta.

La muerte es la fuente de la vida universal.

El hombre, ya lo hemos dicho, considerado de una manera abstracta, no es más que una agrupacion molecular de materia, y, por lo tanto, obedece involuntariamente á las leyes generales que rigen en esas admirables trasmutaciones universales de lo corpóreo.

La química, desatendiendo las preocupaciones que de un modo inconsciente la contradicen, estudia la naturaleza humana, y afirma, con la evidencia de sus preciosas observaciones, la verdadera relacion y el estado en que se encuentra el hombre con relacion á los demas séres que existen en los mundos conocidos.

Y no es necesario recurrir á que la vida cese para tomar como objeto de nuestro estudio la naturaleza humana; no es necesario que la fuerza vital desaparezca ó que el soplo divino que se llama alma abandone su medio transitorio.

Durante la vida, la materia que forma nuestro cuerpo es más transitoria que el espíritu que encierra.

Segun los psicólogos, en el momento que el espíritu se separa de la materia, la vida orgánica cesa; pero en cambio podemos afirmar que la materia abandona al espíritu sin que empiece la muerte.

Durante la existencia, el mismo cuerpo deja de serlo de una manera real, y su cambio molecular es un hecho innegable.

La materia en su eterno movimiento pasa de cuerpo á cuerpo, de estado á estado, de agrupacion en agrupacion.

Sus evoluciones son una verdadera trasmigracion.

«Cuando se observa perecer y podrirse un animal, dice M. Dumas; cuando se ve desaparecer la leña por la combustion, se advierte algun sentimiento de no dejarse preocupar de las ideas de destruccion; pero reflexionando un poco se llega bien pronto á comprender que si en la naturaleza mineral nada se pierde y nada se crea, lo mismo se verifica en la naturaleza orgánica.

»Hasta el presente no se conoce ni creacion ni

»trasmutacion de elementos; todos los cambios que se verifican continuamente en la superficie del globo son debidos á unas combinaciones que se forman ó que dejan de serlo.

»La materia que forma la verde pradera forma parte al dia siguiente de los animales á quienes alimenta; algunos dias despues, tal vez pasará á nuestra propia organizacion, y de allí se lanzará á la atmósfera, que, cediéndola á nuevas plantas, reproducirá despues una nueva vegetacion.

»La materia de la leña que arde en nuestros fogones en la actualidad, formará tal vez mañana parte de algun vegetal de un país lejano» (1).

Las funciones inherentes á la existencia individual son recíprocas entre los séres de la creacion. La alimentacion, la respiracion, son acumulaciones de materia que se trasforman para entrar en accion.

Las excreciones y secreciones son materia que desaparece para posterior é inmediatamente jugar en nuevas acciones.

La atmósfera se cambia constantemente, y los séres que dentro de ella existen se trasforman del mismo modo; hay una reciprocidad que está en razon directa de las funciones que mutuamente desempeñan en el mantenimiento de la vida.

Es indudable que las asimilaciones y desasimilaciones de los séres son la base de la constante y eterna metamorfosis.

La materia que salió de las manos del Supremo Autor no ha aumentado ni disminuido.

El universo contiene, ha contenido y contendrá el mismo número de elementos y en la misma cantidad; no ha aumentado un átomo; no ha disminuido una molécula.

«En la naturaleza nada se crea ni se pierde, añade M. Dumas (2); todos los fenómenos que vemos suceder en la superficie de la tierra, procedentes de los séres organizados, son debidos á combinaciones que se forman y á otras que se descomponen. La planta fabrica los elementos del animal en los procedimientos de su propia existencia; comunica á la atmósfera el oxígeno que el animal consume y que aprovecha para quemar y destruir lo que la planta había creado: los productos de la combustion que se verifica en el animal son á su vez los alimentos de la planta.»

¿Juega el hombre en las evoluciones de la naturaleza de algun modo excepcional? No.

Si el hombre está destinado despues de la muerte á vivir en otra esfera, no es este nuestro asunto; lo que sí afirmamos es, que el papel que el hombre

(1) *Tratado de Química*, tomo IX, libro XIII, capítulo I, párrafo 4.519.

(2) *Obra citada*, párrafo 4.529.

desempeña en el mundo real es idéntico al de todos los seres que le rodean; y para formarnos una idea más exacta, conducente á nuestro propósito, citaremos una sublime frase de un respetable é ilustre químico: *La fibra más sensible de nuestro corazón, dice, quizá formaba parte no há mucho tiempo de la organización de un vegetal de un país lejano.*

JOSÉ PEREZ CORTINA.

Velez-Rubio, 25 de Agosto.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

LA ACCIÓN DEL FRÍO SOBRE LA LECHE Y SUS PRODUCTOS.

M. Eugenio Tisserand ha estudiado bajo el punto de vista industrial la acción del frío sobre la leche y sus productos. Este estudio tiene una gran importancia para los cultivadores que se ocupan de la producción de la leche y de su conversión en manteca y en queso.

Hé aquí los hechos que se demuestran cuando se somete la leche de vaca, poco tiempo después de extraerla, á temperaturas que varían entre cero y 36 grados, y se la mantiene á esta temperatura durante 24 ó 36 horas.

La subida de la nata es tanto más rápida cuanto que la temperatura á que se halle la leche se acerque más al cero del termómetro.

El volumen de la nata obtenida es tanto más grande cuanto la leche esté sometida á un enfriamiento más fuerte.

El rendimiento en manteca es más considerable mientras la leche esté á temperatura más baja.

La manteca y el queso son de mejor calidad cuando la formación de la nata se ha hecho con frío.

Una baja temperatura obra sin duda sobre la leche, deteniendo el desarrollo de los organismos vivos que constituyen los fermentos, é impidiendo las alteraciones que provocan. Tal es, al menos, la influencia que ejerce el hielo, que sirve, como se sabe, para facilitar la conservación de la cerveza.

Estos resultados están en completa contradicción con la práctica seguida generalmente en Francia acerca del desnatamiento de la leche y la fabricación de manteca. Aquí se cree que es preciso tener la leche destinada á manteca en una temperatura de 12 á 13 grados, y nunca menos, porque la nata subiría mal.

Las vacas de Francia y España, dice M. Tisserand, producen generalmente leche de superior calidad, pero se obtienen casi siempre productos defectuosos. Deben llenarse dos condiciones, añade el observador, para obtener productos superiores: una

limpieza extremada y el tratamiento de la leche por el frío.

Los cultivadores que se entregan á la fabricación de la manteca harán bien en meditar sobre estas observaciones de un hombre muy competente en estas materias, porque es inspector general de agricultura y habla después de haber hecho experimentos personales.

La producción anual de la leche en Francia representa mil quinientos millones de francos, y la exportación de la manteca llega á cien millones de francos. Estas cifras hacen apreciar toda la importancia de una mejora en esta industria.

En el Norte de Europa se ha reconocido perfectamente que es preciso romper con las antiguas prácticas. En Dinamarca se enfria la leche á seis grados, empleando hielo ó grandes cuencos llenos de agua de manantial. Este enfriamiento no es bastante todavía, pero constituye ya un progreso real, porque ha permitido extender hasta el extremo Oriente la zona de exportación de las mantecas de Dinamarca y aumentar sus precios. El empleo del frío para la fabricación de la manteca ha producido también una disminución en los gastos de la mano de obra. Se hace un desnatamiento de menos, y el empleo de colodras de 50 litros hace los lavados más expeditivos.

Sería muy fácil practicar en Francia estas operaciones á baja temperatura, y la reforma produciría gran economía. Para helarse necesitaría utilizar las aguas de manantiales y de los pozos más fríos. Se necesitaría también emplear el hielo para obtener el grado de enfriamiento conveniente. El gasto de almacenamiento de hielo sería poca cosa, porque el hielo se recoge en una época en que los trabajos del campo se hacen muy lentamente y hay grandes ocios en las quintas. En el Norte de Europa se emplean, para conservar el hielo, silos que son poco costosos de establecer.

El procedimiento de conservación de la leche indicado por M. E. Tisserand es, como se acaba de ver, de gran sencillez. Si no conociéramos la fuerza que manda la rutina, diríamos que basta llevar este método al conocimiento de los cultivadores para que sea inmediatamente adoptado, sobre todo en presencia del empleo general de este sistema en el Norte de Europa. Pero nuestras esperanzas no van tan lejos; y si lo que acabamos de decir puede determinar á algunos prácticos á hacer ensayos formales de este nuevo método, no habremos perdido nuestro tiempo y nos daremos ahora por satisfechos.

LUIS FIGUIER.

(*La science illustrée.*)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Congreso de Clermont-Ferrand.

SECCION DE CIENCIAS MÉDICAS.

23, 24 y 25 DE AGOSTO.

Dr. Azam: LA DOBLE VIDA.—Dr. Fredet: LA MORDEDURA DE LA VÍBORA.—M. Dubest: LA MORTALIDAD DE LOS NIÑOS.—Dr. Franck: LA EXCITACION DE LOS NERVIOS SENSIBLES SOBRE EL CORAZON.

El Dr. Azam, de Burdeos, hace una comunicacion oral sobre *la doble vida*, y refiere la observacion de una jóven que en 1858 presentaba fenómenos histéricos muy acentuados y se le consideraba como loca.

A consecuencia de la menor contrariedad, de la más ligera emocion, su cabeza se inclinaba sobre el pecho y se dormía con un sueño ligero. Al cabo de algunos minutos se despertaba muy alegre, se dedicaba á sus ocupaciones ordinarias y despues de dos ó tres horas inclinaba de nuevo la cabeza para dormir. Al despertar de nuevo no se acordaba absolutamente de nada de lo que le sucedía en el intervalo de los dos sueños. La amnesia era completa. La jóven llegó á estar en cinta; en uno de sus estados lo sabía, lo decía y hasta nombraba al padre de la presunta criatura; en el otro estado ignoraba todos estos detalles y hasta su embarazo.

El Dr. Azam hizo numerosas investigaciones y encontró algunos casos análogos en la historia de las enfermedades nerviosas. Buscó el año pasado á la jóven que había sido objeto de su observacion en 1858 y recogió los datos siguientes: Se había casado, había tenido once embarazos, de los cuales sólo dos habían terminado por partos naturales, viviendo los hijos. No se hacía embarazada ni daba á luz sino en los momentos de lucidez, en los cuales parecía tener una nocion exacta de toda su vida sin vacíos. Hacía dos meses que no había tenido ataque alguno, pero asustada por un perro tuvo una crisis que duró una media hora; durante este tiempo olvidó su vida entera, ignorando lo que había pasado en la ciudad hacía dos meses, fecha de su último ataque.

Como fenómenos histéricos se observaban: convulsiones, parálisis, hemorragias, manchas encarnadas en el lado izquierdo de la cara. Hay evidentemente en esta enferma fenómenos correspondientes á la conviccion segunda y á la amnesia. Este estado de conviccion segunda no es otro que un sonambulismo completo. Los trastornos cerebrales están de seguro en relacion con los trastornos circulatorios. M. Azam relaciona estos accidentes con los que han sido reconocidos como dependientes de lesiones circulatorias de la tercera circunvolucion frontal.

El Dr. Fredet, de Clermont, lee un estudio sobre la mordedura de la víbora, que considera como muy grave, pues produce la muerte ó compromete la salud por mucho tiempo. Segun las observaciones del Dr. Fredet, el animal se introduce bajo la ropa de los campesinos cuando éstos duermen á la intemperie, y se despiertan al sentir el contacto frio de la víbora; la cogen para desembarazarse de ella y entónces es cuando muere. El dolor inmediato no es en general muy fuerte, pero en breve sobreviene abatimiento, tendencias al síncope, náuseas, vómitos y la muerte. Los enfermos que curan sólo consiguen este resultado muy lentamente, y el sitio de la mordedura queda dolorido por mucho tiempo. M. Fredet cita tres observaciones seguidas de muerte, y, por lo tanto, cree que no tiene razon el profesor Robin cuando asegura que la mordedura de la víbora no es peligrosa. El Dr. Fredet cree que los accidentes provocados por la mordedura de la víbora son muy graves y pueden producir la muerte, ya se trate de la víbora gris, de la encarnada ó de la negra; que es preciso usar inmediatamente un tratamiento enérgico, ligadura del miembro mordido, ventosas, succion, cauterizacion por el hierro candente ó el ácido fénico.

Despues de una larga discusion en que toman parte los Sres. Chaveau, Laussedat, Fredet y Verneuil, se llega á un acuerdo sobre este punto y se decide recomendar á los ayuntamientos que sostengan en sus presupuestos la cantidad necesaria para dar una prima por cada víbora muerta que se presente.

M. Dubest presenta al Congreso extensos documentos estadísticos sobre la mortalidad de los niños, que atribuye en gran parte á la ignorancia de las madres que dan desde los primeros dias alimentos demasiado sólidos á sus hijos. Sería conveniente dar á esas madres nociones de higiene, y para ello podría aumentarse á los libros de oraciones y de misa algun apéndice corto y sustancial en el cual se encontraran resumidos los preceptos más útiles.

—M. Verneuil hace notar que eso corresponde á los obispos diocesanos, cerca de los cuales teme que no tenga influencia alguna la recomendacion del Congreso.

El Dr. Franck presenta los resultados de sus experimentos para reconocer *los efectos de la excitacion de los nervios sensibles sobre el corazon, la respiracion y la circulacion*. Como fórmula general adopta, al resumir sus observaciones, esta frase de Claudio Bernard: «La detencion del corazon, ó síncope, puede producirse bajo la influencia de una excitacion dolorosa intensa de cualquier naturaleza que sea.» Bajo la influencia de una excitacion dolo-

rosa, el corazón se detiene, y esta detención es más ó menos considerable, según la intensidad de la impresión, la sensibilidad del animal, etc. Ciertos autores, sin embargo, piensan que una excitación dolorosa produce una aceleración; pero este es un hecho ulterior. Otros, como Arloing y Tripier, admiten que una sístole brusca y violenta sucede á la excitación. Pero M. Franck demuestra que éstos últimos fisiólogos no han tenido en cuenta el aumento brusco de la presión intratorácica. Estos trastornos son debidos á la reflexión de la impresión por el bulbo sobre los neumogástricos. La supresión del dolor por la anestesia produce la supresión de la reacción cardíaca, porque falta el instrumento de esta manifestación, estando paralizados los nervios neumogástricos.

MISCELÁNEA.

Necrología artística.

En la semana anterior han fallecido en París dos artistas notables, Eugenio Fromentin y Feliciano David.

Feliciano David tenía sesenta y seis años, y su nombre pasará á la posteridad como uno de los músicos más originales de este siglo en que el arte más original es la música. No se sabe de qué maestro procede más directamente su talento; los discípulos que ha tenido apenas han conseguido imitarle en algo. Era sobre todo un gran melodista; su melodía tiene un encanto á la vez extraño y singular, á cuya impresión no puede uno sustraerse. Después de largos y trabajosos ensayos, *El Desierto* fué la primera obra suya que aplaudió el público parisiense. Otros oratorios, *Moisés en el Sinaí* y *Cristóbal Colon* habían extendido ya su fama entre los artistas. Más tarde, las óperas *La perla del Brasil*, *Herculano* y *Lalla-Roukh* le hicieron popular. Nadie ha sabido encontrar ritmos más propios que los suyos para expresar la poesía del Oriente, su brillante color, los sueños tristes y monótonos, teñidos unas veces de gravedad religiosa y otras de amorosa voluptuosidad, en que se mecen las razas de Oriente. ¿Qué serían *Job*, *Esther*, *Ruth* ó el *Cantar de los cantares* traducidos en música por David?

Eugenio Fromentin poseía también en alto grado la originalidad. Era de los que, según la expresión del poeta, han sabido beber en su vaso. Como Feliciano David, fué cautivado por las bellezas del Oriente, por su luz resplandeciente, por su color á la vez brillante y dulce. Era uno de los pintores más simpáticos y más apreciados de todos. Era joven todavía y ya brillaba en la pintura y aún en las bellas letras. Sus obras literarias *El Sahara*, *Un año en el Sahel* y la novela *Dominica* le han valido grandes aplausos. Poco antes de morir había publicado una magnífica obra sobre los Museos de Holanda y Bélgica, y otra titulada *Les Maitres d'autrefois*. Era muy joven todavía para ser de la Academia de Bellas Artes; pero todo el mundo le señalaba

ya en ella su puesto. Un accidente sin remedio ha arrebatado al arte una vida tan preciosa.—C. B.

Lavaderos al vapor.

Los fabricantes de Manchester, Thomas, y Taylor han empezado á entregar á la industria los artefactos y maquinaria para constituir grandes lavaderos al vapor para toda clase de usos. La máquina más importante es la de lavar, y con leves modificaciones sirve para tres fines. Con caja de madera sirve para el primer lavado; para caldear la ropa se le cambia la caja por otra de cobre, á fin de que resista mejor la acción del agua caliente y del vapor; y para la tercera operación, ó sea enjuagar primero y almidonar después, hay un pequeño aparato que se encaja en la máquina. Todas las operaciones se hacen con gran celeridad.

La máquina para lavar y planchar está construída sobre un sólido armazón de hierro colado, en el cual descansa la caja exagonal de lavado sobre soportes, de tal modo, que cuando gira recibe un movimiento excéntrico que sacude violentamente su contenido de un lado á otro. Como en el interior de la misma no hay nervios, ni palas, ni cuerpo saliente de especie alguna, la ropa no sufre deterioro: los géneros más delicados se lavan con la misma facilidad que los más pesados y sin recibir daño alguno. La operación del lavado se produce tan sólo por la fricción de las varias piezas de ropa unas contra otras, y por las fuertes corrientes y violentas sacudidas debidas al movimiento especial de la caja. Cada máquina lleva montados por encima de la caja dos fuertes cilindros, por medio de los cuales se exprime el agua de la ropa. El cilindro inferior es de bronce pulimentado, y el superior de hierro, con una cubierta especial de goma elástica de cerca unos 254 milímetros de grueso. Dáse la presión necesaria á estos cilindros mediante las correspondientes palancas y contrapesos.

A fin de hacer la máquina más perfecta y tenerla completamente bajo el dominio del operador, hásele provisto de un mecanismo de reacción. Por medio de una de dos palancas á la derecha de la máquina, puede ponerse en movimiento la máquina, hacerla funcionar en sentido inverso y pararla; la otra palanca sirve para comunicar movimiento á la caja del lavado ó á los cilindros extractores.

El cuarto de secar es una pieza calentada por medio de una estufa de aire caliente.

Para planchar hay una máquina llamada *cilindro de gas*, que sustituye perfectamente el planchado á mano. Consiste en un sólido armazón de hierro colado con engranajes; tiene dos fuertes cilindros, de los cuales el de arriba es de madera ó hierro, cubierto con un pedazo de gruesa manta de lana, y el inferior hueco y de bronce pulimentado: este se caldea por medio de gas, con el cual se mezcla una cantidad proporcionada de aire atmosférico, á fin de asegurar la perfecta combustión del gas sin olor alguno. El caldeamiento de este cilindro se puede regular á voluntad, y da á la ropa que pasa por esta máquina una brillantez que no se puede alcanzar con cilindros ó prensas ordinarias.